

## *Italia y la Casa de Austria en los prolegómenos de la Guerra de los Treinta Años*<sup>1</sup>

Rubén González Cuerva

El conflicto que marcó el siglo XVII y la evolución política, ideológica y socio-económica de la Europa moderna tuvo un amplio abanico de causas y condicionantes. Entre ellos hay una constante fundamental, que es la firmeza y unidad de uno de los bandos enfrentados, el liderado por la Casa de Austria. Su peculiaridad residía en que estaba dividido en dos ramas, la hispana y la imperial, que colaboraron con una destacada sintonía. Pero para llegar a este clima de colaboración fue precisa una fase precedente de confluencia de intereses y polarización de las posiciones, que tuvo por protagonista al escenario italiano. Este fue el verdadero laboratorio del acercamiento de las cortes de Madrid y Viena.

En el primer cuarto del siglo XVII se produjo un cambio geoestratégico muy importante para la Monarquía hispana, cuyas causas nacieron tanto del alejamiento de la amenaza otomana como de la emergencia de nuevos compromisos en el norte de Europa. En este nuevo panorama, Italia vio recortado su papel autónomo y de escenario primordial de la política exterior española. En su lugar, se apreció la transición a un nuevo rol, el de gozne entre las cortes de la Casa de Austria en Madrid, Viena y Bruselas. De este modo dejaba de ser el teatro principal donde confluían las distintas tensiones internacionales para convertirse en una plataforma, una etapa intermedia dentro de un plan mucho más vasto de solidaridad dinástica de los Habsburgo.

<sup>1</sup> Esta investigación ha sido posible gracias a la Acción Integrada “Prácticas de gobierno e interacción política entre la Italia española y no española durante el siglo XVII” (HI2007-0155).

Para Silvia.

Es desde este prisma, el de considerar a Italia como vértice del gran proyecto de los Austrias por mantener su hegemonía en Europa, por el que vamos a centrarnos en tres aspectos cruciales durante los años que rodean a 1618: la concesión de investiduras imperiales de feudos del norte de Italia para el Monarca hispano y sus clientes, las guerras y negociaciones diplomáticas que en estos años coordinaron las dos ramas de la Casa de Austria contra Venecia y, por último, la conversión de los virreinos italianos en bases fiscales para financiar las costosas campañas desarrolladas en Alemania y Flandes.

### 1. *LOS RETOS Y CONDICIONES DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE FELIPE III*

Al exponer en 1602 las bases del poder de la Monarquía hispana, el embajador veneciano Soranzo tenía claro que la clave de este no estaba en la Península Ibérica, sino en el control de territorios estratégicos en el corazón de Europa, principalmente Flandes y el Milanesado<sup>2</sup>. Ante esta realidad, hay que hacer especial hincapié en la relación de dependencia y la fortaleza de los vínculos que ataban a la Monarquía hispana con el Imperio. No solo por lazos dinásticos, pues ambas cortes estaban encabezadas por dos ramas de la familia Habsburgo, sino también por la cuestión legal de que las posesiones en los Países Bajos y todo el norte de Italia eran feudos imperiales que dependían en última instancia de la jurisdicción del Emperador. Esta peculiaridad ha sido tradicionalmente más atendida en la historiografía referente a los Países Bajos que en el caso italiano<sup>3</sup>. Pero es muy importante a la hora de evaluar la función de Italia dentro de las prioridades estratégicas y políticas de la Monarquía Católica, si no queremos ofrecer una visión incompleta. Como trataré de mostrar en este trabajo, este ángulo es especialmente fructífero para analizar los cruciales años de transición y

<sup>2</sup> “*La grandezza della Spagna sono senza dubbio li Stati che fuori di essa possiede quella Corona, li quali per nobiltà, per grandezza, per comodità, per fertilità, per copia di gente, per quantità di forze e abbondanza di ricchezze prevalgono senza dubbio alla Spagna*” (“*Relazione di Spagna di Francesco Soranzo*” [1602], en P. BAROZZI & G. BERCHE: *Relazioni degli stati europei lette al Senato dagli ambasciatori Veneti nel secolo decimosettimo*, Serie I, Spagna, I, Venezia 1857, p. 77).

<sup>3</sup> Tarea en la que se está avanzando con gran éxito en los últimos años, como muestra en algunos de sus trabajos más recientes Blythe Alice Raviola.

reformulación que van de la caída de Lerma al ascenso de Olivares en la dirección de la política exterior hispana.

Actualmente se ha revisado en profundidad la visión tradicional del reinado de Felipe III como el de un monarca débil en manos del todopoderoso favorito Lerma, quien tenía una política pacifista muy definida e incluso una gran estrategia al respecto<sup>4</sup>. En realidad, el poder del valido sobre la corte nunca fue omnímodo. Fracásó en sus intentos de apartar del lado del Rey a algunos personajes que le eran incómodos, como es el caso del mayordomo mayor marqués de Velada, quien a pesar de la hostilidad de Lerma contaba con la amistad del Monarca<sup>5</sup>. Además, en el caso de la política exterior el Monarca escuchaba también otras voces, y en ocasiones con más interés que la de su valido. Es el caso del grupo de mujeres de sangre real que formaban su familia más inmediata: su esposa Margarita de Austria, su abuela la emperatriz viuda María y su tía Margarita de la Cruz, hija de la anterior y monja en las Descalzas Reales de Madrid<sup>6</sup>. Ellas formaron el núcleo de un grupo cortesano más amplio en estrecho contacto con el nuncio, con una marcada ideología romanista y una espiritualidad descalza<sup>7</sup> y, en lo político, muy proclives a la colaboración con el emperador Rodolfo II y al sostén de sus iniciativas contra turcos y protestantes<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> Para la “gran estrategia” de Felipe III, P. ALLEN: *Felipe III y la pax hispánica, 1598-1621: el fracaso de la gran estrategia*, Madrid 2001, pp. 9-17. El encuadre de Lerma dentro de un contexto de validos, el “régimen de ministerios”, en el que además estarían sus contemporáneos Buckingham, Richelieu o Eggenberg, ya se advirtió en J. BERENGUER: “Pour une enquête européenne: le problème du ministériat au XVIII<sup>e</sup> siècle”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 29/1 (París 1974), pp. 166-192 y últimamente en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III y el gobierno de la Monarquía Católica (1598-1621)*, Madrid 2008, I.

<sup>5</sup> S. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ: *El Marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III: Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Salamanca 2004.

<sup>6</sup> M. S. SÁNCHEZ: *The empress, the queen, and the nun: women and power at the court of Philip III of Spain*, Baltimore 1998.

<sup>7</sup> J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, I, cap. 1.

<sup>8</sup> R. GONZÁLEZ CUERVA: “Cruzada y dinastía: las mujeres de la Casa de Austria ante la Larga Guerra de Hungría”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> P. MARÇAL LOURENÇO (dirs.): *Las relaciones discretas entre las monarquías hispana y portuguesa*, Madrid 2008, II, pp. 1149-1186.

Por otro lado, la experiencia diplomática de Lerma era más que limitada, con lo que fue un grupo de ministros de confianza, entre los que destacaron Juan de Borja y Juan de Idiáquez, quien realmente marcó los objetivos y el desarrollo de la acción exterior de la Monarquía<sup>9</sup>.

Si la situación en el entorno del soberano aparece mucho más compleja que a primera vista, el cuadro se complica aun más cuando se tiene en cuenta la iniciativa de los distintos ministros del Rey por Europa. La realidad de una Monarquía cuyas posesiones se encontraban muy diseminadas, que debía atender a compromisos muy diversos y que no podía contar con unas comunicaciones excesivamente rápidas marcó un estilo de gobierno de carácter descentralizado, en el que los distintos virreyes y embajadores contaban con un margen de maniobra y autonomía bastante amplio. En abundantes momentos se alejaban de las prioridades que se marcaban desde la corte de Madrid; es conocida al respecto la frase del gobernador de Milán conde de Fuentes, que *“il Ré comanda a Madrid, ed io a Milano”*<sup>10</sup>. En muchas ocasiones se ha hecho referencia al carácter “reputacionista” y autoritario de los “procónsules” de Felipe III en Italia, sobre todo a finales de su reinado, y se ha interpretado como la muestra de la crisis de autoridad de Lerma y el cuestionamiento de su política pacifista<sup>11</sup>.

Pero dichos desencuentros entre “Madrid” y los virreyes merecen ser encuadrados en un contexto más amplio, y no verlos como casos extremos y excepcionales, sino como muestras constitutivas del sistema de poder hispano. Por ejemplo, los Países Bajos eran también una pieza del mismo, y eran gobernados de manera autónoma por el archiduque Alberto de Austria, o, por citar otro ejemplo, la embajada española en Praga actuaba en estos años tomando decisiones de gran calado y marcando en ocasiones la iniciativa política en Centroeuropa, y

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 1160-1166 y B. GARCÍA GARCÍA: *La Pax Hispánica. Política exterior del duque de Lerma*, Lovaina 1996, p. 8.

<sup>10</sup> J. FUENTES: *El Conde de Fuentes y su tiempo: Estudios de Historia Militar. Siglos XVI á XVII*, Madrid 1908, II, pp. 143-160.

<sup>11</sup> C. PÉREZ BUSTAMANTE: “El dominio adriático y la política española en los comienzos del siglo XVII”, *Revista de la Universidad de Madrid* 2 (Madrid 1953), pp. 57-80 y A. BOMBÍN PÉREZ: “Política italiana de Felipe III: ¿reputación o decadencia?”, en F. ARANDA PÉREZ (coord.): *VIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Cuenca 2004, I, pp. 249-266.

solo pidiendo a posteriori el refrendo del Rey <sup>12</sup>. En el caso de los virreinos italianos, que eran ostentados habitualmente por miembros de la gran nobleza castellana que se consideraban “primos” del Monarca, su actuación era también más parecida a la de un príncipe autónomo que a la de un administrador <sup>13</sup>. Por otra parte, se ha podido constatar en algunos casos que esta divergencia entre las órdenes que se emitían desde la Corte y la actuación real de los ministros en Italia ocultaba en realidad un sibilino juego de disimulos y dobles intenciones. Es decir, que desde Madrid se apoyaba de manera tácita o secreta las iniciativas desarrolladas por los virreyes, pero oficialmente eran repudiadas para salvaguardar una imagen regia cada vez más consolidada en su carácter representativo y mayestático, irresponsable de los malos sucesos, que se achacan a la inoperancia o desobediencia de sus ministros, y que ante los demás monarcas y sus embajadores se presenta en todo momento lleno de buena voluntad <sup>14</sup>.

Por tanto, la “política italiana” se desarrollaba en un complejo juego de intereses a varias bandas. Por un lado estaba la Corte de Madrid y los distintos grupos de poder que se movían en ella en torno al Rey, por otra los representantes regios en los virreinos y las poderosas instituciones propias y las elites de estos reinos. Y además eran condicionantes las relaciones con los demás potentados de Italia y otros príncipes europeos. Como puede suponerse, un diseño muy complicado y movable como para poder hablar de grandes estrategias y planes coherentes que, en el mejor de los casos, podían implantarse solo de manera parcial.

La política italiana tradicional forjada por Felipe II era muy escrupulosa con la idea de quietud de Italia y el no intentar aventuras en la península que

<sup>12</sup> R. GONZÁLEZ CUERVA: “Baltasar de Zúñiga y los últimos años de la corte imperial en Praga (1608-1612)”, en J. OPATRY (dir.): *Relaciones checo-españolas: viajeros y testimonios*, Praga 2009.

<sup>13</sup> Un caso evidente es el de Filiberto de Saboya, hijo del duque de Saboya y sobrino de Felipe III, que fue virrey de Sicilia entre 1621 y 1624. M. Á. DE BUNES IBARRA: “Filiberto de Saboya, un príncipe que llega a ser Gran Prior”, en M. RIVERO RODRÍGUEZ (dir.): *Nobleza hispana, Nobleza cristiana: La Orden de San Juan*, Madrid 2009, II, pp. 1529-1554.

<sup>14</sup> A. FEROS: *Kingship and Favoritism in the Spain of Philip III, 1598-1621*, Cambridge 2000. En la monarquía francesa el ejemplo más claro de esta época de ministro autónomo y “desobediente” a las órdenes de París es el mariscal Lesdiguières, gobernador del Delfinado (A. BOMBÍN PÉREZ: *La cuestión de Monferrato. 1613-1618*, Vitoria 1975, p. 238).

no tuvieran garantizado el éxito, para no comprometer la reputación española. Pero dicha tendencia solo tenía garantías de éxito con varias condiciones: una Francia debilitada e incapaz de injerencias, lo cual se mantuvo entre 1559 y 1598; un Papado leal y mantenido a raya, que con Clemente VIII (1592-1605) se hizo ya imposible, como mostró su anexión de Ferrara (1598) al margen del moribundo Rey Prudente, y unos potentados fieles o al menos neutrales. Estos pudieron ser controlados razonablemente mientras Venecia fue la única potencia independiente al orden español, pero con el cambio de bando de Saboya la amenaza del desequilibrio estaba servida. Por todo esto, la política más calmada que Felipe II pudo permitirse el lujo de seguir era ya impracticable a comienzos del siglo XVII, con una Monarquía que, aunque pujante, se situaba ya a la defensiva, y sus zarpazos eran mientras tanto acogidos con más temor por sus vecinos <sup>15</sup>.

Felipe II había mantenido con Clemente VIII unas relaciones tensas causadas porque se resistía a involucrarse en el proyecto papal de una Liga católica para luchar contra los turcos y a levantar los “recursos de fuerza” que atacaban a la jurisdicción eclesiástica <sup>16</sup>. Bajo el reinado de su hijo ambas cuestiones fueron solventadas en poco tiempo y el duque de Lerma supo entrar en esta dinámica y convertirse en el interlocutor privilegiado con el Papado <sup>17</sup>. Esto es especialmente patente durante el pontificado de Paulo V (1605-1621), partidario de una línea pacifista entre los príncipes católicos que tenía como pilares la escrupulosa quietud de Italia y la sintonía entre las dos grandes coronas de España y Francia <sup>18</sup>.

Por ello, frente a la política más autónoma llevada a cabo por Felipe II, los potentados de Italia se quejaron de que el nuevo monarca no gobernaba a la

<sup>15</sup> F. ANGIOLINI: “Osservazioni su diplomazia e politica dell’Italia non spagnola nell’età di Filippo II”, *Rivista Storica Italiana* 92/2 (Napoli 1980), pp. 432-469.

<sup>16</sup> J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, I, cap. 1.

<sup>17</sup> R. GONZÁLEZ CUERVA: “Cruzada y dinastía...”, *op. cit.*, pp. 1164-1171 y J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Los problemas de la Compañía de Jesús en la corte de Felipe III: la desobediencia del padre Fernando de Mendoza”, en R. FRANCH y R. BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO (eds.): *Estudios de Historia Moderna en homenaje a la profesora Emilia Salvador Esteban*, Valencia 2008, I, pp. 345-372.

<sup>18</sup> K. JAITNER: “Kontinuität oder Diskontinuität päpstlicher Deutschlandpolitik von 1592 bis 1644?”, *Annali dell’Istituto storico italo-germanico in Trento* 30 (Trento 2004), p. 338.

manera de su antecesor, como un príncipe italiano más, sino que había dejado las riendas al duque de Lerma, que practicaba una política mucho más seguidista respecto al Papado. Este era el parecer que comunicó en 1608 el Gran Duque de Toscana Fernando I de Medici al embajador veneciano:

*Mi ha detto il Granduca che col re cattolico passato non aveva né lui né altri principi occasione di dubitare, perché egli governava da sé e reggeva questa provincia come principe italiano e non come re di Spagna; ma che con il re presente si ha da dubitar assai, perché non governa lui, ma il duca di Lerma, unitissimo ed interessatissimo col papa, dal quale ha ottenuto bellissime grazie e particolarmente 20.000 scudi d'entrata de' beni di Chiesa in iuspatronato. Che Lerma s'intartiene col papa, per fare il fatto suo col re, al quale dice di volersi ritirar in vita solitaria, per darli martello ed ottenere tutto ciò che pretende; che all'incontro il papa vive unito con Lerma, perché non spera da altra parte che da quella. Che francesi danno denari, ma spagnoli comende e stati; e che per questo non si può far fondamento sopra il papa in occasione de' travagli in Italia, e si deve dubitare e stimare le forze d'Italia*<sup>19</sup>.

Como hemos afirmado, no había un monopolio de la dirección política por parte de ningún individuo ni grupo. Por un lado estaban los defensores de una política más agresiva en Italia, ante el desafío francés a la hegemonía española y su pretensión de regresar a las inquietudes previas al tratado de Cateau-Cambrésis de 1559<sup>20</sup>. Dentro de esta gran tendencia se incluirían esos ministros regios “reputacionistas”, sobre todo Osuna, Villafranca y Bedmar, favorables a la guerra en el norte de Italia y a la incorporación de cuantos pequeños feudos quedaran libres en la zona para no correr el riesgo de que cayeran en manos rivales. Aun no formando un grupo homogéneo, estos personajes contaron con mayor margen para llevar a cabo tal política más agresiva durante el complejo y poco autoritario valimiento del duque de Uceda (1618-1621), y ya antes con la decadencia del de Lerma<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> *Relazione di messer Francesco Morosini ambasciatore per la Repubblica di Venezia presso al granduca Ferdinando di Toscana* (5 de diciembre de 1608), en A. VENTURA (ed.): *Relazioni degli ambasciatori veneti*, Roma-Bari 1976, II, p. 353.

<sup>20</sup> P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: “De ‘llave de Italia’ a ‘corazón de la monarquía’: Milán y la Monarquía católica en el reinado de Felipe III”, en su *Fragmentos de monarquía*, Madrid 1992, pp. 193-196.

<sup>21</sup> P. WILLIAMS: “El favorito del Rey: Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, V marqués de Denia y I duque de Lerma”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, op. cit., III, cap. 8.1.

Por otra parte había una tendencia que podríamos llamar de “quietud”, que encarnaron tanto Lerma como Baltasar de Zúñiga, y que entroncaría con la máxima de Felipe II de que se mantuviera el status quo en la península sin intentar nuevas aventuras <sup>22</sup>. En lo que hubo divergencias fue en el uso de esa quietud, pues mientras Lerma era proclive a un buen entendimiento con Venecia y en revitalizar las armadas italianas para asegurar la defensa del Mediterráneo occidental y acometer los nidos piráticos del norte de África (Argel, Larache), la vista de Zúñiga estaba puesta en el norte de Europa, e Italia resultaría útil en tal diseño como base militar para Flandes y Alemania y para aislar a los enemigos de la Casa de Austria, principalmente a Venecia. Este debate se planteó con seriedad en 1618, cuando tras la defenestración de Praga se debatía en el Consejo de Estado si continuar con los grandes preparativos para conquistar Argel o volcarse en apoyo del Emperador.

Entre estas tres grandes opciones se movió la política exterior de Felipe III en la segunda década del siglo XVII: ¿dónde estaba la prioridad y la mayor área de peligro para el mantenimiento de la hegemonía española? ¿En Italia, el Mediterráneo o el Imperio? En cualquiera de los casos, Italia, como pieza central del orden hispánico en Europa, tuvo un papel relevante que desempeñar.

## 2. LA CASA DE AUSTRIA A PRUEBA:

### LA SUCESIÓN IMPERIAL Y LOS FEUDOS DE ITALIA

Como es sabido, la entrada de la Monarquía católica en la Guerra de los Treinta Años y su implicación en los asuntos del Imperio marcó el triunfo de la visión más dinástica y centroeuropea, mientras que serían el símbolo del fracaso de las otras tendencias el retiro de Lerma de la Corte y la destitución y encierro del duque de Osuna <sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Zúñiga, veterano embajador ante el Imperio y luego peso pesado en la gestión de la política exterior hispana entre 1617 y 1622 decía al embajador veneciano que en lo de Italia quería gobernarse con la prudencia de Felipe II, quien:

*“mai haveva voluto tentare cosa tale prevedezza la sua avveduta, et matura intelligenza, et ne sariano divenuti inevitabili mali in Italia”* (Alvise Cornaro al Senado de Venecia. Madrid, 7 de abril de 1621. ASVe, Dispacci Spagna, filza 53, n. 48).

<sup>23</sup> L. M. LINDE: *Don Pedro Girón, duque de Osuna: la hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Madrid 2005, cap. VII.



Los problemas en la rama imperial de la dinastía eran tan acuciantes que hasta el prudentísimo Juan de Idiáquez pidió a las alturas de 1610 toda la prioridad del Rey, porque “si el Imperio subciesse (lo que Dios no quiera) en cabeza hereje sería la cosa de mayor cuyd” que se podría offereçer”<sup>24</sup>. La crisis en la que se hallaba sumido el Sacro Imperio era de naturaleza dinástica y confesional, a causa del progresivo vacío de poder causado por la mermada salud psicológica del emperador Rodolfo II (1576-1612)<sup>25</sup>. Su negativa a reconocer a su hermano Matías como Rey de Romanos y sucesor al trono puso en serio peligro el mantenimiento del poder de la Casa de Austria en Centroeuropa, ya que tanto el Imperio como las coronas de Bohemia y Hungría eran de carácter electivo, y habida cuenta de la mayoría protestante en estos territorios y la animosidad contra los Habsburgo, podían caer en manos de los enemigos de la Monarquía<sup>26</sup>. Con ello se quebraría el equilibrio de poder que permitía que el Imperio fuera un área más o menos neutral, en la que los príncipes de la Casa de Austria garantizaban el mantenimiento del catolicismo, el freno a las ambiciones de los príncipes alemanes y también la defensa de la frontera terrestre contra el Imperio otomano. Pero además amenazaría directamente el poderío español al permitir cerrar una pinza agresiva contra Flandes, y, principalmente, revocando la investidura del ducado de Milán, una concesión imperial en la que se fundamentaba la hegemonía española sobre el norte de Italia<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 2 de octubre de 1610. AGS, Estado, leg. 709, n. 126, fol. 1v.

<sup>25</sup> Un estudio clásico es el de R. EVANS: *Rudolf II and his world: a study in intellectual history 1576-1612*, Oxford 1973, mientras que los últimos estudios se encuentran en V. BŮŽEK, J. P. NIEDERKORN & T. WINKELBAUER (eds.): *Ein Bruderzwist im Hause Habsburg (1608-1611)*, monográfico de *Opera Historica* 13 (České Budějovice 2009).

<sup>26</sup> La amenaza no era solo teórica, pues ya en 1605 los Habsburgo perdieron el control de Hungría por la rebelión de Bockskay y luego también en 1619 con la de Bethlem. Ese mismo año, los rebeldes de Bohemia eligieron por rey a Federico V del Palatinado y desposeyeron a Fernando de Habsburgo.

<sup>27</sup> Este era el temor del gobernador de Milán en 1610, conde de Fuentes:

“que si V Md como más interesado no interpone su auctoridad y poder, se puede temer que no abrá elección de Rey de Romanos, sino con las armas en la mano (...), y si Dios no lo quiere llegase el casso podrían correr mucho riesgo los feudos de Milán y aun todo lo de Italia” (Memorial del conde de Fuentes, ante 4 de marzo de 1610. AGS, Estado, leg. 709, n. 85).

Además de tal constatación hay que tener en cuenta la especial vinculación que Felipe III sintió por los problemas dinásticos, incrementando la convergencia Habsburgo iniciada con la política matrimonial de Felipe II. En buena medida fue gracias a la influencia que ejercieron en su entorno las princesas austriacas que conformaban su familia más cercana<sup>28</sup>. Por ello, el embajador español en Praga, Baltasar de Zúñiga, contó con un amplio margen de maniobra política y cuantiosos envíos de fondos desde España para que recondujera la crisis de poder en el Imperio en beneficio de la dinastía<sup>29</sup>. El conflicto entre Rodolfo y Matías, conocido en la historiografía como el *Bruderzwist*, se desarrolló entre 1606 y 1612, y finalizó con la pacífica sucesión de Matías I al patrimonio de su hermano. Pero el problema sucesorio distaba de estar cerrado, pues el nuevo emperador era casi un anciano y no tenía descendencia, mientras que sus dos hermanos, los archiduques Maximiliano y Alberto, se encontraban en una situación similar. Pensar a largo plazo en qué manos debía quedar el Imperio para garantizar el mantenimiento de la posición de la dinastía llevaba a dos candidatos: el archiduque Fernando de Austria, jefe de la rama estiria de la Casa y cuñado de Felipe III, y el propio rey español. Las discusiones en los círculos de poder hispánicos sobre cómo plantear este conflicto y, en definitiva, cuál debería ser el papel del Monarca católico tanto dentro de la dinastía como en el orden de la Cristiandad nos ofrecen el mejor observatorio para dirimir los planes de futuro que se planteaban para la Monarquía y, más concretamente, la función de Italia en ellos.

Las posiciones al respecto fueron dos: o reclamar este patrimonio para Felipe III y su descendencia (se pensaba en el infante Carlos, su segundo hijo), o

<sup>28</sup> Vinculación tan estrecha que provocó la queja del conde de Oñate, embajador español en el Imperio, porque:

“es neçess<sup>o</sup> que V Md se sirva de hablar aquí con algun recato en mat<sup>a</sup> de negocios con la señora Infanta Margarita por que Su A<sup>a</sup> es una santa y con tal intención escribe quanto oye y allá viene a ser esto de inconveniente” (El conde de Oñate a Felipe III, 14 de marzo de 1617, en consulta del Consejo de Estado de 16 de abril de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 27, fol. 4).

<sup>29</sup> Por ello dictaminaba Juan de Idiáquez que:

“haga lo que mas viere convenir pues la experiencia muestra quan atento está a penetrar los ánimos y yntenciones de los unos y de los otros y la prudencia con que procede y discurre en los negocios” (Consulta del Consejo de Estado de 12 de enero de 1610. AGS, Estado, leg. 709, n. 109, fol. 2).

ceder los derechos al archiduque Fernando a cambio de alguna contraprestación<sup>30</sup>. A este respecto, los territorios en los que se pensó como compensación se dirigían al área centroeuropea (Sundgau, en Alsacia, y/o Tirol) o a la italiana (los feudos imperiales libres en Italia, prioritariamente Finale, Piombino y Correggio)<sup>31</sup>.

La propuesta de Tirol y Sundgau había partido de Ambrosio Spinola, el principal ministro del archiduque Alberto en la corte de Bruselas. Su petición era coherente con la necesidad de buscar una mayor conexión entre las posesiones de los Habsburgo en Centroeuropa y los Países Bajos católicos, además de proporcionar a estos una retaguardia más segura. Sin embargo, la posibilidad de Tirol fue desechada rápidamente porque aunque su gobernador el archiduque Maximiliano era un anciano sin descendencia, quedó pactado que le sucedería en el puesto el archiduque Leopoldo, hermano menor de Fernando de Estiria<sup>32</sup>. En el caso de Sundgau, a Zúñiga no se le pasaron por alto las muchas dificultades asociadas, por ser un territorio con fuertes privilegios, de mayoría protestante y vecino a Francia, de modo que el Rey Católico no contaría con el más mínimo apoyo para la incorporación<sup>33</sup>. El embajador español era escéptico del éxito de estas gestiones, y se daba por contento con el compromiso de Fernando de Estiria de que los hijos varones de Felipe III tuvieran preferencia sobre sus hijas<sup>34</sup>. Ni el duque de Lerma ni el Consejo de Estado mostró tampoco

<sup>30</sup> En lo que está implícito que dichos derechos sucesorios existían, y que se remontarían a su madre Ana de Austria, aunque en teoría esta había renunciado a ellos al casarse con Felipe II. Sin embargo dio pie a una larga discusión jurídica protagonizada por el cardenal Trejo. Más allá de los argumentos de derecho, lo que pesaba realmente era el poderío de la rama española de la dinastía y la certidumbre de que no podría plantearse ninguna solución sin el beneplácito del Rey Católico, patrón de facto de la Casa de Austria.

<sup>31</sup> Para las negociaciones sobre la “sucesión española” al Imperio, Otto GLISS: *Der Oñatevertrag*, Limburg an der Lahn 1932, y M. S. SÁNCHEZ: “A House Divided: Spain, Austria, and the Bohemian and Hungarian Successions”, *Sixteenth Century Journal* 25/4 (1994), pp. 887-903.

<sup>32</sup> H. NOFLATSCHER: *Glaube, Reich und Dynastie. Maximilian der Deutschmeister (1558-1618)*, Marburg 1987.

<sup>33</sup> El archiduque Fernando a Felipe III. Linz, 31 de agosto de 1614. AGS, Estado, leg. 2326, n. 7.

<sup>34</sup> Baltasar de Zúñiga a Felipe III. Linz, 1 de septiembre de 1614. AGS, Estado, leg. 2326, n. 6.

un gran calor por el negocio, pero el Rey Católico insistía personalmente en que siguiera adelante y que Zúñiga procurara obtener las mayores ventajas posibles<sup>35</sup>.

Este equilibrio se quebró a comienzos de 1616 por lo que Williams considera uno de los principales hitos en la decadencia de la privanza de Lerma: el apoyo del duque del Infantado a la política de reclamaciones al Emperador<sup>36</sup>. Infantado era uno de los miembros más veteranos del Consejo de Estado, y tras la desaparición de Juan de Idiáquez en 1614, su voz era la que más autoridad tenía entre sus colegas y el Rey más respetaba<sup>37</sup>. La clave del nuevo rumbo que introdujo Infantado fue cambiar los un tanto quiméricos objetivos centroeuropeos por los italianos, más cercanos y asequibles a la Monarquía. Su postura era proclive a ceder los derechos sucesorios de Felipe III al archiduque Fernando a cambio de que este iniciase negociaciones matrimoniales para unir a su primogénito con una infanta española. De este modo se sellaría la concordia dinástica, y anejo al trato se obtendría su promesa de que cuando alcanzara la dignidad imperial concedería como gratificación al Monarca hispano cuantos feudos imperiales quedaran libres en Italia. Después de años de deliberaciones, este parecer fue el que logró el definitivo consenso en el Consejo de Estado y el asenso del Rey<sup>38</sup>.

Alice Raviola ha mostrado que la cuestión de los feudos imperiales en Italia, lejos de ser un problema residual, se convirtió en el tránsito del siglo XVI al XVII en uno de los temas centrales de los príncipes del norte de Italia<sup>39</sup>. Dentro de las atribuciones feudales que el Sacro Emperador conservaba, quedaba

<sup>35</sup> En la consulta de 24 de enero de 1615 el Consejo de Estado aconsejaba al Monarca que se lograra lo antes posible la sucesión de Fernando por la inestable situación del Imperio. Sin embargo, el Rey resolvió que Zúñiga siguiera tanteando al archiduque y que le tuviera obligado para poderle exigir en el futuro (AGS, Estado, leg. 2326, n. 1).

<sup>36</sup> P. WILLIAMS: “El favorito del Rey...”, *op. cit.*, p. 249.

<sup>37</sup> Aunque era consuegro de Lerma y se le considera hombre de su confianza, el duque fue alejándose del valido hasta convertirse en una referencia propia dentro de la Corte. Su ascenso culminó en 1616 al confiársele, tras la muerte del marqués de Velada, el puesto de mayordomo mayor del Rey (*Ibidem*).

<sup>38</sup> Consulta del Consejo de Estado. 28 de enero de 1616. AGS, Estado, leg. 2326, n. 18 y memorial del duque del Infantado, *ante* 1 de junio de 1616. AGS, Estado, leg. 2326, n. 20.

<sup>39</sup> B. A. RAVIOLA: “The Imperial System in Early Modern Northern Italy: a web of dukedoms, fiefs and enclaves along the Po”, en R. J. EVANS (ed.): *The Holy Roman Empire. Acts of the International Conference*, Oxford, en prensa.

bajo su jurisdicción la investidura y control de la mayor parte del norte de Italia, la *Reichsitalien*, dentro de la cual se encontraban abundantes estados pequeños y feudos cuyo control estaba muy disputado <sup>40</sup>. Aquí confluía la necesidad de los príncipes locales por compactar sus dispersos dominios feudales y alejar a las otras potencias del corazón de sus posesiones con la posición del Rey Católico como árbitro del sistema y a la vez, en su condición de duque de Milán, parte interesada <sup>41</sup>. Aunque los sucesivos emperadores mostraron gran celo en defender sus derechos <sup>42</sup>, la realidad era que necesitaban el apoyo militar y político español para mantener la situación, aunque los ministros españoles también tuvieron que emplear mucha energía y dinero para contentar a las autoridades imperiales <sup>43</sup>.

Los feudos italianos que estaban en el punto de mira español eran especialmente cuatro, que muestran a las claras las prioridades estratégicas de la Monarquía. En primer lugar se encontraba Finale, un marquesado en la costa ligur en el que se pretendía construir un puerto propio para no depender del de Génova en las comunicaciones entre la Península Ibérica y Milán <sup>44</sup>. Felipe II había mostrado interés por su adquisición desde la década de 1570, pero una serie

<sup>40</sup> K. O. VON ARETIN: “L’ordinamento feudale in Italia nel XVI e XVII secolo”, *Annali dell’Istituto storico italo-germanico* 4 (Trento 1978), pp. 51-93, y C. CREMONINI: “I feudi imperiali italiani tra Sacro Romano Impero e monarchia cattolica (seconda metà XVI-inizio XVII secolo)”, en M. VERGA y M. SCHNETTGER (eds.): *L’Impero e l’Italia nella prima età moderna*, Bologna 2006, pp. 41-65.

<sup>41</sup> G. SIGNOROTTO: “Milán: política exterior”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, op. cit., IV, pp. 1032-1074.

<sup>42</sup> Buena muestra de que no se abandonaban estos derechos la ofrece la instrucción para el embajador imperial en Madrid Franz Khevenhüller. El enviado estaba advertido de que debía reclamar la restitución de Finale y Piombino, ambos bajo control español desde hacía dos décadas pero que la justicia imperial calificaba como usurpaciones (“Instructio Hispanica pro Francisco Christophoro Kevenhüller, legato cesareo”. Praga, 30 de febrero de 1617. HHStA, SpDK, karton 14, fasc. 21, fol. 9).

<sup>43</sup> “Alle cose fuori di Germania poco si estende l’autorità dell’imperatore, perche non ha forze di farsi ubbidire, e se usa il Re Cattolico come mezzo di castigare i disubbedienti a Cesare” (“Relazione di Germania di Tommaso Contarini” [1596], en E. ALBERI: *Le relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato*, Firenze 1858, serie I, VI, p. 239).

<sup>44</sup> El gobernador de Milán marqués de Villafranca tenía planeada la construcción del puerto a comienzos de 1616, pero la reanudación de la guerra contra Saboya le impidió comenzar las obras (A. BOMBÍN: *La cuestión de Monferrato...*, op. cit., p. 185).

de acontecimientos había impedido su incorporación a la Monarquía <sup>45</sup>. Con Felipe III se mostró mucho más interés en garantizar este feudo, y en la esperanza de conseguirlo el Rey Católico concedió generosos subsidios al emperador Rodolfo II para su guerra contra los turcos en Hungría <sup>46</sup>. Pero como el emperador no se mostraba propicio a los planes españoles, el gobernador de Milán conde de Fuentes optó por una solución más expeditiva y conquistó la plaza en enero de 1602 <sup>47</sup>. Pese a las protestas imperiales los españoles retuvieron la ciudad, aunque precisaban de la investidura oficial para contar con la mínima legitimidad para mantener el marquesado.

Además de la investidura de Finale, otro feudo que se encontraba en una situación indefinida era el principado de Piombino, un puerto de la costa toscana situado frente a la isla de Elba y que tenía una importancia estratégica primordial para asegurar la navegación entre Génova y Nápoles y mantener vigilado al Gran Ducado de Toscana <sup>48</sup>. Las disputas sucesorias nacidas tras la muerte de su señor Jacobo VI Appiani en 1603 fueron aprovechadas por España para colocar un presidio, de nuevo frente a las infructuosas protestas imperiales. Toscana pretendía también incorporar el principado <sup>49</sup>, pero Felipe III tenía su propia candidatura,

<sup>45</sup> Aunque desde entonces se aposentó una guarnición española en la ciudad (F. EDELMAYER: *Maximilian II. Philipp II. und Reichsitalien. Die Auseinandersetzungen um das Reichslehen Finale in Ligurien*, Stuttgart 1998).

<sup>46</sup> “... hablando con vos llanamente desseo *que* a buelta desto asseguereys de una vez el darseme lo del Final (...) porque harto es le haga una tan gruessa provisión teniendo tanto a que acudir con que mi tío me dé satisfacción a lo de Final” (Felipe III a su embajador en el Imperio Guillén de San Clemente. Madrid, 11 de febrero de 1600. AGS, Estado, leg. 2323, n. 134.2).

<sup>47</sup> J. L. CANO DE GARDOQUI: *La incorporación del marquesado del Finale (1602)*, Valladolid 1955.

<sup>48</sup> L. CAPPELLETTI: *Storia della città e stato di Piombino dalle origini fino all'anno 1814*, Bologna 1969, y R. CARDARELLI: “Fonti per la storia medievale e moderna dei Porti di Piombino e dell’Elba”, *Bolletino Storico Livornese* 4 (Livorno 1938), pp. 340-365.

<sup>49</sup> Fueron varios los planes secretos florentinos para obtener la investidura de Piombino. En el de 1613 se ofrecían 100.000 florines para conseguirla, con generosos pagos a los ministros imperiales que colaborasen. En 1617 el embajador español Oñate desarticuló otro intento más elaborado, en el que el Gran Duque de Toscana concedería fondos a la princesa de Binasco para que lograra la investidura a condición de que pudiera hipotecarla, y entonces comprársela (Cosimo II a Giuliano de Medici. Florencia, 23 de noviembre de 1613. ASF, Mediceo, 4954, s.f. y consulta del Consejo de Estado. 25 de enero de 1618. AGS, Estado, leg. 2327, n. 2, fols. 2v-3).

la de la princesa de Binasco, familiar de los últimos príncipes y miembro de un linaje leal a los intereses de la Monarquía. También en este caso la justicia imperial no se mostró predispuesta a satisfacer la voluntad de Felipe III, y las negociaciones se continuaron hasta enlazar con el conflicto sucesorio <sup>50</sup>.

Una situación semejante era la que se desarrollaba con el condado de Correggio, situado estratégicamente entre los ducados de Parma y Módena y que contaba desde 1583 con un presidio español <sup>51</sup>. También aquí las disputas sucesorias entre dos candidatos movilizaron el interés de la Monarquía y la discusión de si era mejor lograr la investidura del condado para Felipe III o para su candidato leal, Siro di Correggio. En esta ocasión desempeñó asimismo un papel crucial la embajada española en el Imperio, que logró hacer al emperador Matías proclive a un acuerdo, aunque desde el Consejo de Estado se seguía sin dilucidar para quién sería más beneficioso que se concediera la investidura <sup>52</sup>.

En esta tesitura de enfrentamiento e inseguridades se movían otros feudos italianos como Malgrato, cercano a Milán y que finalmente se incluyó también en las negociaciones sobre la sucesión imperial, o los pequeños estados de Sassello o Zucarello <sup>53</sup>. Una constante común a los casos ya mencionados era su valor estratégico como nudos en las principales rutas militares de la Monarquía católica en la península Itálica, pero tanto o más que esto era su importancia como plazas fuertes desde las que controlar, vigilar y contrarrestar a otros principados incluidos en el “orden español”, pero de cuya lealtad no se podía tener garantía absoluta. Es también en ese sentido por el que Génova se oponía frontalmente a la incorporación de Finale al patrimonio de Felipe III, Toscana al de Piombino y Módena y Parma al de Correggio <sup>54</sup>.

<sup>50</sup> M. S. SÁNCHEZ: *Dynasty, State, and Diplomacy in the Spain of Philip III*, Ann Arbor 1990, pp. 190-197.

<sup>51</sup> *Ibidem*, pp. 176-188.

<sup>52</sup> Consultas del Consejo de Estado. 26 y 31 de enero de 1613. AGS, Estado, leg. 1303, n. 4 y 13.

<sup>53</sup> Zucarello, por ejemplo, estaba entre Génova, Saboya y Milán: en 1620 la República de Génova tenía comprado un tercio, el duque de Saboya lo pretendía para su hijo y el embajador español Oñate reclamaba su investidura al Emperador en pago a la ayuda militar española durante la rebelión bohemia (Instrucciones al embajador genovés en Madrid Costantino Pinelli. Génova, 11 de agosto de 1621, en R. CIASCA: *Istruzioni e relazioni degli Ambasciatori Genovesi*, Roma 1951, II, p. 23).

<sup>54</sup> *Ibidem*.

Por esto cabe pensar que sí existía para Italia un orden de prioridades que pasaba por asegurar plazas fuertes, rutas y vigilancia de las potencias vecinas que no puede extrapolarse más allá de los Alpes. Es un lugar común hablar del mantenimiento del “Camino Español” y de reforzar el eje entre Milán y Bruselas como una de las máximas de la política exterior española en esta época<sup>55</sup>. Sin embargo, a la luz de los acontecimientos no parece que tal fin asomara como el primer objetivo de la política trazada desde Madrid en ninguno de los momentos<sup>56</sup>. Así, se abandonó rápidamente la propuesta de 1614 de reclamar el Tirol, que habría permitido al ducado de Milán contar con pasos propios hacia la otra vertiente de los Alpes. Sin embargo, este condado estaba en manos del archiduque Maximiliano, quien aunque era de avanzada edad y no contaba con descendientes, se juzgó una opción demasiado problemática por significar desgajar una parte de los territorios hereditarios de la Casa de Austria<sup>57</sup>.

La otra propuesta de territorios al norte de los Alpes, y más beneficiosa para los intereses generales de la Casa de Austria era el distrito alsaciano de Sundgau. Tanto el archiduque Alberto como Ambrosio Spínola abogaban por esta incorporación, porque serviría de retaguardia para Flandes y reforzaría la comunicación con el Franco Condado, pero también hemos observado el poco calor con el que esta negociación se recibió en Madrid<sup>58</sup>. En años posteriores se observará esta misma indecisión ante la posibilidad de incorporar territorios estratégicos en el corredor que llevaba de Italia a Flandes, como son la Valtellina y el Palatinado, asuntos en los que la Corte católica mantuvo con claridad la idea de no pretender nuevas conquistas y procuró salir de ambos escenarios lo más rápido posible<sup>59</sup>.

<sup>55</sup> G. PARKER: *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge 2004, cap. 1.3.

<sup>56</sup> Esta idea ya fue sugerida en E. STRAUB: *Pax et Imperium: Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*, Paderborn 1980, pp. 121-123

<sup>57</sup> De hecho, desde 1615 desaparece de todas las discusiones como posible recompensa mientras que sí se mantiene abierta la posibilidad de Alsacia.

<sup>58</sup> Ambrosio Spínola a Baltasar de Zúñiga. Bruselas, 13 de diciembre de 1615. AGS, Estado, leg. 710, s.n. y consulta del Consejo de Estado. 28 de enero de 1616. AGS, Estado, leg. 2326, n. 18.

<sup>59</sup> Para el caso de la Valtellina, ver el papel de Baltasar de Zúñiga para el Consejo de Estado, 1622. AHN, Estado, lib. 739, fol. 183. Respecto al Palatinado, el plan de Zúñiga era trocarlo por Julich-Cleves y anexionar estos ducados fronterizos a los Países Bajos (Consulta del Consejo de Estado. 4 de diciembre de 1621. AGS, Estado, leg. 2327, n. 187).



Lo que se apreciaba al respecto es que, frente a los prejuicios tradicionales de los enemigos de la Monarquía hispánica, que la acusaban de intentar recomponer una “Monarquía Universal”, el clima predominante en el entorno del Rey Católico apuntaba más a una idea de equilibrio de poderes y de mantenimiento del status quo, que no ha de confundirse con una voluntad “pacifista”. Dicho con otras palabras, más allá de “lermistas” o “reputacionistas” existía un consenso general que partía de la consciencia del número y poder de los potenciales enemigos de la Monarquía católica, y que luchar contra todos a la vez sería imposible, como se había comprobado con un contexto más favorable en la década de 1590 durante la ofensiva final del reinado de Felipe II. En 1610, con la coordinación del duque de Saboya, el rey francés Enrique IV y sus aliados protestantes alemanes para atacar simultáneamente Milán y Flandes, se había estado a punto de entrar en una guerra general defensiva, de la que no cabía esperar ningún beneficio. Solo el asesinato de Enrique IV poco antes de que se pusiera al frente de sus tropas en mayo de 1610 desarticuló esta primera amenaza coordinada contra la hegemonía española<sup>60</sup>. Por ello, y frente a actitudes más beligerantes por parte de los ministros destacados en Italia, la corte de Felipe III procuró no ofrecer motivos de temor a sus potenciales enemigos, que pudieran polarizarles hasta formar una temida pinza contra las posesiones de la Casa de Austria.

Por ello Italia era un laboratorio político privilegiado para observar esta evolución. La hegemonía española sobre la península era sólida como en ninguna otra área europea fuera de la ibérica, pero esta no se asentaba sobre una dominación militar pura, sino sobre un delicado juego de equilibrios y un status quo conveniente a los distintos potentados. Por ello era una máxima común el respeto a la quietud de Italia, y la adquisición de nuevos territorios se analizaba con mucha prudencia, dada la evidente resistencia que harían las demás potencias, y procurando en todo momento que fuera refrendada y legitimada por el Emperador de manera indudable. Por ello, las largas discusiones de los embajadores en el Imperio ante el Consejo Áulico (*Reichshofrat*) y la Cámara Imperial (*Reichskammergericht*) cobraron gran protagonismo bajo Felipe III en comparación con su padre, que nunca se vio en la necesidad de forzar estos recursos y

<sup>60</sup> A. D. ANDERSON: *On the Verge of War: International Relations and the Jülich-Kleve Succession Crises (1609-1614)*, Leiden 1999, pp. 109-132, y A. HUGON: *Au service du roi catholique. Représentation diplomatique et service secret dans les relations hispano-françaises de 1598 à 1635*, Madrid 2004, pp. 67-70.

que mantuvo siempre una política muy autónoma respecto a la rama centroeuropea de su familia<sup>61</sup>. Pero en estos momentos mostraron no solo la mayor vinculación dinástica, sino también la necesidad española de afianzar su control sobre el espacio itálico, en lo que sus intereses convergieron con los de sus parientes austriacos a cuenta de la común rivalidad con Venecia.

Fue esto lo que explicó el definitivo desatascó de la cuestión sucesoria al Imperio y los reinos de Bohemia y Hungría en 1617 con la firma del tratado de Oñate, llamado así por el embajador español que sustituyó a Baltasar de Zúñiga a comienzos de ese año. El archiduque Fernando, tras años de negativas a ceder algunas de sus teóricas posesiones futuras, convino finalmente a conceder todas las peticiones que Felipe III le formuló. La causa estuvo en su necesidad de socorros para acabar con la guerra de los uscoques, que le enfrentaba con la República de Venecia desde hacía dos años y en la que solo contó con el sostén financiero y militar de España, mientras que su tío el emperador Matías adoptaba una postura más neutral. Esto terminó de convencerle de que solo conseguiría hacerse realmente con el control de los reinos de Bohemia y Hungría y la dignidad imperial si contaba con el respaldo de Felipe III. De este modo, a cambio de su reconocimiento y recibir apoyos para controlar estos reinos, se comprometió secretamente a infeudar al Rey Católico todos los feudos imperiales que quedasen disponibles en Italia, a cederle en cuanto fuera elegido emperador el Sundgau, y que los hijos varones de Felipe III tuvieran preferencia al trono respecto a sus hijas. Además, se preveía sellar el acuerdo con el matrimonio entre el primogénito de Fernando y una de las infantas españolas<sup>62</sup>.

Aunque el acuerdo fue en teoría muy beneficioso para el lado español, lo cierto es que el estallido de la Guerra de los Treinta Años apenas un año después de su firma implicó que la Monarquía Católica se tuviera que implicar con decisión en la defensa de los derechos de Fernando a Bohemia mientras que este, en estado de guerra y en posición muy débil, no fuera capaz de transmitir Sundgau a

<sup>61</sup> Véase en el caso de Finale, F. EDELMAYER: *Maximilian II. Philipp II...*, *op. cit.* En cuanto al funcionamiento de la justicia imperial se está trabajando actualmente en un gran proyecto dentro de la Academia Austriaca de Ciencias: <http://www.rechtsgeschichte.at/reichshofrat.html>

<sup>62</sup> El tratado de Oñate fue firmado en marzo de 1617; además de en la obra ya citada de O. GLISS (*Der Oñatevertrag*) se puede encontrar una copia del texto en AGS, Estado, leg. 2327, n. 5-9.

Felipe III <sup>63</sup>. En cuanto a los feudos italianos, estos fueron cayendo poco a poco y con dificultades. El primero fue Finale, que no fue cedido sin más como estaba previsto, sino que lo vendió el emperador Matías en 1619, poco antes de su muerte, para obtener fondos con los que mantener las tropas que luchaban contra los rebeldes bohemios y sus aliados <sup>64</sup>. Por su parte, Piombino fue infeudado por Fernando II en 1621, a condición de que luego lo subinfeudase al candidato que obtuviera sentencia favorable del Consejo Áulico <sup>65</sup>. Además, las negociaciones no se realizaron solo en Viena, sino también en Roma, pues el control de este principado por parte de un cliente español podía amenazar fácilmente los Estados Pontificios <sup>66</sup>. También en 1621, con el ascenso al trono de Felipe IV, el nuevo rey recibió del Emperador la tradicional investidura de Milán y, con ella, la del pequeño feudo vecino de Malgrato, que quedó desde entonces englobado en el Milanesado <sup>67</sup>.

### 3. *LOS ENEMIGOS ITALIANOS DE LOS AUSTRIAS: VENECIA Y SABOYA*

Como se ha enunciado, la Guerra de los Treinta Años marcó la encrucijada que puso a prueba y solidificó la comunidad de intereses y el refuerzo del vínculo

<sup>63</sup> El emperador justificaba la imposibilidad de cumplir la palabra dada en lo que a Alsacia se refería y solicitaba que se le relevara de esta obligación, y a cambio prometía conceder cuantos feudos quedaran vacantes en Italia (Fernando II a Franz Christoph Khevenhüller, *post* 1622. HHStA SpV, karton 4, fasc. d, fol. 27).

<sup>64</sup> M. S. SÁNCHEZ: *Dynasty, State, and Diplomacy...*, *op. cit.*, p. 208.

<sup>65</sup> Fernando II a Felipe IV (*de mano propia*), *ante* 21 de junio de 1621. HHStA SpHK, karton 3, fasc. 4, fol. 56.

<sup>66</sup> Los ministros españoles facilitaron la aceptación pontificia gracias a su mediación en la política matrimonial de la familia del papa Gregorio XV (1621-1623), los Ludovisi. El sobrino del Papa consiguió unirse a la princesa de Venosa, del importante linaje de los Gesualdo, y cuando enviudó se casó con la hija de la princesa de Binasco, de modo que acabó heredando el feudo de Piombino y entrando en lo más selecto de la clientela española en Italia (Minuta de Felipe IV al duque de Alburquerque, embajador en Roma. 3 de julio de 1621. AHN, Estado, libro 739, fol. 63, y D. GARCÍA CUETO: *Seicento boloñés y siglo de oro español: el arte, la época, los protagonistas*, Madrid 2007, p. 160.

<sup>67</sup> Entre 1619 y 1620, el comisario imperial Rek negoció su investidura con el regente del Consejo de Italia Girolamo Caimo y Baltasar de Zúñiga; Oñate no tuvo que abonar más que un donativo de 5.000 florines (Consulta del Consejo de Estado. 13 de octubre de 1620. AGS, Estado, leg. 2327, n. 121).

dinástico. Pero las raíces de tal entendimiento hay que buscarlas en una fase previa y en suelo italiano, sobre todo a causa de la relación de los Austrias con Venecia. Felipe III no se vinculó en este apartado tanto con los emperadores Rodolfo II y Matías como con el archiduque Fernando, hermano de la reina de España Margarita de Austria y señor de la llamada “Austria interior” (*Innerösterreich*), compuesta por los ducados de Estiria, Carintia (ambos en el sur de Austria) y Carniola (la actual Eslovenia), además de parte de Friuli e Istria en Italia<sup>68</sup>. Por otra parte recibió del Emperador el encargo de defender la frontera marítima y terrestre del reino de Croacia con el Imperio otomano, por encontrarse sus posesiones más cercanas a este frente. De este modo, Fernando era además de un archiduque austriaco un príncipe italiano, idioma que dominó desde su juventud. A su corte de Graz fueron atraídos algunos nobles de sus posesiones noritalianas, entre los que destacó el conde Porcia, uno de sus principales ministros<sup>69</sup>.

La República de Venecia tenía motivos para recelar del acercamiento entre Felipe III y Fernando, pues sus posesiones en la *Terraferma* estaban prácticamente rodeadas por las tierras de la Casa de Austria: el ducado de Milán al este, Carintia al norte y el condado de Goricia y Trieste al oeste. El temor a quedar aislada en esta pinza motivó la construcción en 1593 de la ciudad fortificada de Palmanova, en Friuli, que aunque se presentó como una obra defensiva contra los otomanos, apuntaba directamente a las tierras del archiduque Fernando<sup>70</sup>.

<sup>68</sup> El emperador Fernando I dividió a su muerte en 1564 su patrimonio entre sus tres hijos: Maximiliano II recibió la Alta y Baja Austria, el título imperial y las coronas de Bohemia y Hungría; Carlos, padre del archiduque Fernando, retuvo la Austria interior y el tercer hermano, también llamado Fernando, heredaba el condado de Tirol y la Austria anterior (feudos en Suabia, Alsacia y Vorarlberg). Estos repartos eran tradición en la rama centroeuropea de la dinastía, y crear cortes autónomas en Viena, Graz e Innsbruck.

<sup>69</sup> R. BIRELEY: *Religion and politics in the age of counterreformation: Emperor Ferdinand II, William Lamormaini, S.J. and the formation of imperial policy*, Chapel Hill 1981. Por su parte, el conde Porcia llegó a ser caballero de la Orden de Santiago y un personaje principal en la “facción española”. Sus pruebas de acceso a la orden, de 1604, en AHN, OO.MM, Caballeros Santiago, exp. 7746.

<sup>70</sup> Ante la petición de ayuda imperial a Felipe II para que se impidiera la construcción de la plaza, el Rey dudó que se pudiera conseguir por medios diplomáticos y propuso un osado plan: que se ganase la voluntad de algunos bajás para convencer al Sultán de que Palmanova era una amenaza a la Sublime Puerta y fueran los otomanos quienes lo destruyeran, lo que nunca prosperó (Guillén de San Clemente a Felipe II. Praga, 11 de enero de 1594. AGS, Estado, leg. 701, n. 40, y respuesta, Aranjuez, 26 de abril de 1594. AGS, Estado, leg. 2450, s.n., fols. 2r-v).

Por otra parte, Venecia tenía un claro motivo de disgusto con los austriacos a causa de los piratas uscoques, refugiados balcánicos asentados en el puerto adriático de Segna bajo la protección imperial y que se dedicaban a la piratería contra las naves otomanas, pero también contra las venecianas. Fernando toleró en todo momento sus acciones, que también eran vistas con buenos ojos desde España y el virreinato de Nápoles <sup>71</sup>.

Una primera crisis a cuenta de los uscoques se desarrolló entre 1599 y 1600 con la amenaza veneciana de entrar en guerra contra Fernando si sus pillajes no cesaban. Solo gracias a la mediación de Felipe III se logró que la escalada no llegara a mayores y que se firmara un acuerdo sobre la actividad de los uscoques que se incumplió rápidamente <sup>72</sup>. Venecia pudo visualizar poco después la sin-tonía entre el Monarca hispano y su cuñado con el envío en 1601 de dos regimientos pagados por el Rey Católico a la frontera húngara para ayudar a la conquista de la plaza de Canisia (Nagykanizsa, Hungría), que el archiduque pretendía recuperar de manos turcas <sup>73</sup>.

Mientras se conformaba ante los ojos venecianos un bloque habsbúrgico, la Serenísima decantó definitivamente su política, oscilante bajo el reinado de Felipe II entre la entente cordial y la independencia, a una actitud desconfiada a la Monarquía hispana cuando no directamente hostil, y a la búsqueda de nuevas alianzas que contrapesaran la hegemonía de los Austrias en su entorno <sup>74</sup>. Esta tendencia independiente se plasmó asimismo en un fuerte jurisdiccionalismo frente a la Santa Sede, que alimentó el tenso clima existente entre el papa

<sup>71</sup> G. E. ROTHEMBERG: "Venice and the Uskoks of Senj: 1537-1618", *Journal of Modern History* 33/2 (1961), pp. 148-156, y C. W. BRACEWELL: *The Uskoks of Zengg. Piracy, Banditry and Holy War in the Sixteenth Century Adriatic*, Ithaca 1992.

<sup>72</sup> Felipe III a Guillén de San Clemente. Denia, 22 de agosto de 1599. AGS, Estado, leg. 2450, s.n., fols. 2v-3; Guillén de San Clemente a Felipe III. Praga, 9 de junio de 1600. AGS, Estado, leg. 706, s.n. También en G. E. ROTHEMBERG: "Venice and the Uskoks...", *op. cit.*, p. 152.

<sup>73</sup> "Relazione di Spagna di Ottaviano Bon" (1602), en P. BAROZZI & G. BERCHET: *Relazioni degli stati europei...*, *op. cit.*, p. 258, y R. GONZÁLEZ CUERVA: "Cruzada y dinastía...", *op. cit.*, pp. 1165-1168.

<sup>74</sup> A comienzos del siglo XVII, se impone definitivamente en Venecia la facción más hostil a España, los conocidos como "giovanni". S. ANDRETTA: "Relaciones con Venecia", en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, IV, pp. 1075-1092.

Paulo V y la República. Venecia, bajo la guía de Paolo Sarpi, un monje servita de ideas innovadoras y muy próximo al protestantismo, tensó sus relaciones con el Pontificado hasta el punto de ser condenada a la excomunión, en lo que se conoce como la Crisis del Interdicto (1606-1607)<sup>75</sup>. En esta tensa situación, la Monarquía hispana acabó cerrando filas con el Pontificado y ofertó el apoyo militar de Milán si Paulo V decidía invadir la República<sup>76</sup>. También el Emperador se puso nítidamente al lado de España ofreciéndose a apoyar con su autoridad las acciones que Felipe III creyera convenientes, y mandó a Italia como delegado al marqués de Castiglione<sup>77</sup>. Mientras Francia, a través del cardenal La Joyeuse, realizaba una labor de mediación, España perdió voluntariamente su papel arbitral para desempeñar el rol de brazo armado de la Iglesia, dentro de una política papista que parece que contaba con el consenso tanto del propio Rey como de Lerma y el entorno de la Reina<sup>78</sup>.

<sup>75</sup> F. A. YATES: “Paolo Sarpi’s «History of the Council of Trent»”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 7 (Londres 1944), pp. 123-143 (hay traducción castellana en F. A. YATES: *Ensayos reunidos, II. Renacimiento y Reforma: La contribución italiana*, México 1991, cap. 13) y A. CORRAL CASTANEDO: *España y Venecia (1604-1607)*, Valladolid 1955.

<sup>76</sup> J. M<sup>a</sup> POU MARTÍ: “La intervención española en el conflicto entre Paulo V y Venecia (1605-1607)”, en *Miscellanea Pio Paschini. Studi di storia ecclesiastica*, Roma 1949, p. 366. Aunque el gobernador de Milán, conde de Fuentes, era proclive a esta intervención no existía unanimidad, y desde la Corte el condestable de Castilla, presidente del Consejo de Italia, abominaba de esta posibilidad. M. RIVERO RODRÍGUEZ: “Los consejos territoriales. El Consejo de Italia”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, III, p. 412.

<sup>77</sup> Del clima de entendimiento existente se hace eco el embajador español San Clemente, que aconseja al príncipe de Liechtenstein, ministro principal de Rodolfo II, que “han de hazer el negocio que se trata de la manera que Sus Magestades quissieren pues quando ellas estubiesen hunidas han de llevar el agua por donde quisieren” (Guillén de San Clemente a Liechtenstein. 30 de marzo de 1607. AGS, Estado, leg. 2493, n. 37). El propio emperador Rodolfo aseguraba a Felipe III que estaba “tomando por propio este negocio pues como a sobrino que quiere mucho y debe tanto estar siempre conjunto con V Md en lo q se le offreciere” (Consulta del Consejo de Estado. 15 de mayo de 1607. AGS, Estado, leg. 2323, n. 13).

<sup>78</sup> J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA: “El papado y la política internacional de la Monarquía católica”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, I, pp. 179-183.

Aunque finalmente la crisis pudo resolverse por la vía de la negociación, en Venecia cundió la imagen hostil de la Monarquía católica como enemigo cercano y peligroso, y Paolo Sarpi acuñó una expresión que alcanzó bastante éxito para explicar la situación de Italia y en general de Europa: el “Diacatholicon”, la estrecha alianza de la Casa de Austria y el Pontificado con un plan contrarreformista e imperialista que amenazaba directamente a los demás príncipes de la Cristiandad <sup>79</sup>. En ese sentido interpretaba la voluntad de quietud de ambos poderes: “tanto España como Roma son tan conscientes de su peligro que usan todos los medios para mantener Italia en paz” <sup>80</sup>.

*El “intermezzo” saboyano*

Pero el ejército que el gobernador de Milán conde de Fuentes preparaba a comienzos de 1607 en el caso de que se decidiera un ataque a Venecia tenía asimismo otro fin, que era servir de disuasoria demostración de poder al duque de Saboya <sup>81</sup>. Carlos Manuel I (1580-1630) había pasado en una década de ser el más activo príncipe italiano proespañol a la alianza con Francia <sup>82</sup>. La “traición” saboyana se veía agravada por el hecho de que el duque estaba viudo de la infanta Catalina Micaela, hija menor de Felipe II, y por tanto era cuñado de Felipe III. Sus numerosos hijos eran también príncipes españoles y posibles sucesores a la Corona hispana. Hasta al menos 1603, las acciones de Carlos Manuel se distinguieron por su hostilidad antifrancesa y su alianza estratégica con la Monarquía hispana. Pero su sueño de construir un estado potente a caballo de los Alpes y con conquistas en perjuicio de Francia fue desarticulándose progresivamente.

<sup>79</sup> P. SARPI: *Lettere ai protestanti*, Bari 1931, II, pp. 12, 29, 60, y *Lettere ai gallicani*, Wiesbaden 1961, pp. 191-192. V. M. BUFFON (OSM): *Chiesa di Cristo e chiesa romana nelle opere e nelle lettere di Fra Paolo Sarpi*, Vicenza 1941, pp. 97-103.

<sup>80</sup> P. SARPI: *Lettere ai protestanti...*, *op. cit.*, II, p. 120. En el mismo sentido se quejaba el embajador inglés en Madrid de que la pretensión del Rey Católico era hacerse “señor de Italia” (Hernando de Chaves a Matías I. Madrid, 31 de enero de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 3, fol. 1).

<sup>81</sup> Guillén de San Clemente a Felipe III. Raoniz, 13 de enero de 1607. AGS, Estado, leg. 2493, n. 19.

<sup>82</sup> J. L. CANO DE GARDOQUI: “Saboya en la política del Duque de Lerma: 1601-1602” y “Orientación italiana del ducado de Saboya (Primera fase: 1603-1604)”, *Hispania* 101 y 125 (1966 y 1973), pp. 41-60 y 565-595.

El principal baldón fue la paz de Lyon de 1601, con la que Saboya acababa por reconocer a Enrique IV de Borbón. En este momento podía esperar poca ayuda de España, pues Felipe II había llegado a la paz con Francia en 1598. Carlos Manuel recibió en Lyon el marquesado de Saluzzo, última posesión gala en la península Italiana, pero a cambio tuvo que cederle la Bresse y otros feudos más allá de los Alpes, lo que reforzó el definitivo vuelco hacia Italia de la política saboyana<sup>83</sup>. La conspiración de Birón de 1602, que planeaba el asesinato de Enrique IV, y el intento de conquista de Ginebra, la *escalade* de 1603, fueron las últimas muestras de esta política antifrancesa. El giro definitivo se apreció principalmente en 1605, cuando el nacimiento del príncipe Felipe daba a Felipe III garantías de sucesión al trono y abortaba con ello los sueños de Carlos Manuel de que uno de sus hijos pudiera hacerse con el trono español<sup>84</sup>.

Saboya comenzó entonces una tendencia más autónoma y cada vez más amenazante para la posición española, que culminó con el tratado de Bruzolo de 1610. Implicaba la coalición con Enrique IV de Francia para que, mientras este atacaba los Países Bajos españoles, el saboyano se haría con el ducado de Milán. El asesinato del rey francés en mayo de ese mismo año fue el hecho providencial que desarticuló esta amenaza, como se ha mencionado más arriba. Saboya quedó entonces en una posición muy comprometida y privada de apoyos, pues el nuevo monarca galo, Luis XIII, era un niño de nueve años. Su madre y regente, María de Medici, prefirió seguir una línea más pacífica con España como única garantía para mantener el control del trono para su hijo<sup>85</sup>. Felipe III, en lugar de desencadenar una operación de castigo contra su cuñado, prefirió concederle el perdón para no quebrar el inestable equilibrio de Italia. Como muestra de esta buena voluntad, en la que pesó bastante la influencia de Lerma, se envió en 1613 como nuevo gobernador de Milán al marqués de la Hinojosa, pariente del valido y amigo personal de Carlos Manuel<sup>86</sup>. Sin embargo, la actitud contemporizadora del gobernador con el duque no fue beneficiosa para

<sup>83</sup> J. L. CANO DE GARDOQUI: *La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del Imperio Español (1588-1601)*, Valladolid 1962.

<sup>84</sup> A. BOMBÍN: *La cuestión de Monferrato...*, *op. cit.*, p. 9.

<sup>85</sup> A. EIRAS ROEL: "Política francesa de Felipe III: las tensiones con Enrique IV", *Hispania* 118 (Madrid 1971), pp. 245-336, y R. MOUSNIER: *The assassination of Henry IV*, Londres 1984, p. 125.

<sup>86</sup> P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Fragmentos de monarquía...*, *op. cit.*, p. 225.



la reputación española, pues Saboya ocupó en el mismo año de 1613 el feudo mantuano de Monferrato reclamando sus derechos al mismo. La respuesta de Hinojosa en defensa de un cliente español fiel como el duque de Mantua fue muy tibia, y la llamada primera guerra de Monferrato, un fiasco para las armas españolas. Su fin en la paz de Asti de 1615 se interpretó como un vergonzoso fracaso de la diplomacia española, pues la agresión saboyana quedó indemne. El descrédito de Hinojosa en la corte madrileña fue casi unánime e hizo tambalear la posición del duque de Lerma, su valedor, que acabó tomando distancia y forzando su sustitución <sup>87</sup>.

Aunque el temor a que Saboya pudiera convertirse en un nuevo Flandes para la Monarquía se coló en alguna ocasión en el Consejo de Estado <sup>88</sup>, la evidencia dice que los cauces de relación no se rompieron en ningún momento, ni siquiera en las fases de guerra abierta, y que Saboya se veía como una pieza del “orden español” que podía volver a una posición de alianza y no como un enemigo a ultranza. Esta compleja situación era posible gracias a que los vínculos familiares entre ambos príncipes dotaban de suficiente fuerza a la relación, a que los hijos del duque quedaban en un terreno intermedio, y a que además existía una red de amistades y clientelas entre ambas cortes y la de Milán <sup>89</sup>. El personaje clave en estos sucesos fue Filiberto de Saboya, tercer hijo del duque y sobrino predilecto de Felipe III, que vivió a caballo entre Turín y los territorios hispanos y que se convirtió en la cabeza visible del bando proespañol en la corte saboyana <sup>90</sup>. El Rey Católico supo recompensar su cercanía con una acumulación

<sup>87</sup> A. FEROS: *Kingship and Favoritism...*, *op. cit.*, p. 234. Solo su tío el cardenal de Toledo defendía a Hinojosa en las reuniones del Consejo de Estado e insistía en que fuera mandado de nuevo a Milán (Consulta de 10 de octubre de 1617. AGS, Estado, leg. 1917, n. 62).

<sup>88</sup> P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Fragments de monarchie...*, *op. cit.*, p. 228.

<sup>89</sup> Además de la mencionada amistad de Hinojosa con Carlos Manuel, una familia destacó como puente entre ambas potencias, los Ferrero Fieschi, uno de los principales linajes de la corte turinesa y que contaban con el apoyo español para la defensa de sus feudos independientes (G. SIGNOROTTO: “Milán: política exterior...”, *op. cit.*, p. 1068). En general C. ROSSO: “España y Saboya: Felipe III y Carlos Manuel I”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, IV, pp. 1092-1100.

<sup>90</sup> T. OSBORNE: *Dynasty and Diplomacy in the Court of Savoy. Political Culture and the Thirty Years' War*, Cambridge 2002.

de cargos y poderes no vista desde hacía décadas: gran prior de Castilla de la orden de Malta, capitán general de la Mar y, finalmente, virrey de Sicilia <sup>91</sup>. Esta situación no era desagradable para su padre, que veía con buenos ojos disponer de un valedor tan influyente en la Corte de Madrid <sup>92</sup>. Su hija Margarita de Saboya se convirtió asimismo en una pieza importante del entramado de poder español y llegó a ser virreina de Portugal entre 1634 y 1640 <sup>93</sup>. En años posteriores otros dos hermanos, Tomás y el cardenal Mauricio de Saboya, fueron atraídos progresivamente a la órbita española frente al claro giro profrancés del duque Carlos Manuel y su heredero Víctor Amadeo <sup>94</sup>.

Pero la Corte española no tuvo que enfrentarse solo al temor del papel destabilizador de Saboya en el orden italiano, sino también, y más principalmente, a Venecia. La República de San Marcos, aunque arrastraba un proceso de decadencia desde el último cuarto del siglo XVI, seguía siendo una potencia mediana, con una flota poderosa y recursos económicos muy superiores a los del ducado de Saboya. Además, contaba con una diplomacia muy experta y la capacidad de tratar alianzas duraderas con los enemigos de la Casa de Austria, tanto en Europa como en el Mediterráneo.

La Monarquía hispana había alcanzado una situación de cortés convivencia con la república de Venecia, en la que la posible hostilidad mutua quedaba atemperada por la necesidad de salvaguardar la quietud de Italia <sup>95</sup>. Por ello, por donde vino la ruptura fue por el lado austriaco de la dinastía, de nuevo a cuenta del conflicto con los uscoques.

<sup>91</sup> M. Á. DE BUNES IBARRA: “Filiberto de Saboya...”, *op. cit.* Los sucesivos grupos dominantes en la Corte, tanto de Lerma como de Uceda y Zúñiga le miraban con recelo por su cercanía con el Rey y su poder, y aconsejaban que permaneciera en Saboya junto a su padre, donde sería de más ayuda al Rey que en la Corte española. Lo resume el embajador veneciano Piero Contarini al Senado de Venecia, Madrid, 16 de diciembre de 1619 (ASVe, Dispacci Spagna, filza 51, n. 61).

<sup>92</sup> C. ROSSO: “España y Saboya...”, *op. cit.*, p. 1092.

<sup>93</sup> Las circunstancias de su nombramiento en J. F. SCHAUB: *Le Portugal au temps du Comte-Duc d'Olivares (1621-1640)*, Madrid 2000, pp. 176-179.

<sup>94</sup> El cardenal Mauricio comenzó su acercamiento a España en 1621, dolido por sentirse postergado dentro del grupo profrancés (Consulta del Consejo de Estado. 8 de julio de 1621. AHN, Estado, libro 737, n. 3).

<sup>95</sup> J. L. CANO DE GARDOQUI: “España y los estados italianos independientes en 1600”, *Hispania* 43 (Madrid 1963), p. 529.

*¿Lealtad o interés?*

*Los socorros de Felipe III al archiduque Fernando contra Venecia*

Los venecianos iniciaron los ataques a comienzos de 1615 aprovechando el comprometido estado del Milanesado, mientras se aplicaba la paz de Asti y se sustituía a Hinojosa por el nuevo gobernador, el marqués de Villafranca<sup>96</sup>. La Serenísima se enfrentaba además a un enemigo muy inferior, debido a la debilidad del poder del archiduque Fernando, que regía unos estados autónomos, con fuertes privilegios y una mayoría protestante que acogía con mucha resistencia sus políticas contrarreformistas<sup>97</sup>. No solo estaba escaso de fondos, sino que su pequeña milicia estaba más adaptada a las razzias en la frontera otomana que a sostener una guerra por mar y tierra desde su flanco peor defendido. Por ello, solicitar el socorro de su cuñado Felipe III fue para el archiduque la clave para poder afrontar este conflicto, y el papel mediador del embajador español en el Imperio, Baltasar de Zúñiga, se hizo fundamental para explicar el éxito de esta conexión<sup>98</sup>.

Mientras tanto, tras el fracaso de Hinojosa frente a Carlos Manuel de Saboya en la reciente paz de Asti, el gobernador de Milán fue rápidamente reemplazado por Pedro de Toledo, marqués de Villafranca. El perfil del nuevo gobernador era muy diferente al de su antecesor, pues el marqués tenía una larga experiencia bélica en el Mediterráneo y una visión muy diferente sobre las relaciones con Saboya. En septiembre de 1616 retomó la guerra contra Carlos Manuel, si bien desde comienzos de ese año ambos se preparaban para reanudar las hostilidades, en lo cual el claro apoyo prestado por Villafranca al archiduque Fernando fue un acicate<sup>99</sup>.

<sup>96</sup> R. CAIMMI: *Guerra del Friuli altrimenti nota come Guerra di Gradisca o degli Uscocchi*, Gorizia 2007, pp. 121-137.

<sup>97</sup> T. WINKELBAUER: *Österreichische Geschichte 1522-1699. Ständefreiheit und Fürstenmacht*, Wien 2003, II, pp. 48-55. Por este temor a una rebelión de sus súbditos, Fernando obtuvo subsidios de Felipe III para que pudiera continuar su política católica intransigente (El archiduque Fernando a Felipe III. Graz, 26 de octubre de 1600. AGS, Estado, leg. 2323, n. 114.2).

<sup>98</sup> Ante la escalada de la tensión, el Consejo de Estado español prometió ya en enero de 1613 que en caso de haber ruptura se apoyaría a Fernando (AGS, Estado, leg. 1901, n. 76).

<sup>99</sup> A. BOMBÍN: *La cuestión de Monferrato...*, op. cit., pp. 171-184.

Las hostilidades entre los venecianos y el archiduque Fernando crecieron a finales de 1615 cuando los primeros sitiaron la estratégica plaza de Gradisca. Las tropas archiducales se encontraban en un serio apuro, y el embajador Zúñiga se encargó de gestionar el envío de socorros hispanos a través de Milán<sup>100</sup>. Con esta escalada se realizó una junta en la Corte imperial para decidir qué rumbo tomar, en la que Zúñiga fue incluido<sup>101</sup>. El embajador procuró arrastrar a Matías a la guerra en apoyo de su sobrino Fernando, o que al menos le destinara un regimiento<sup>102</sup>. Con ello, mientras Fernando residía en Graz, el embajador español ejercía de forma oficiosa como representante y valedor de sus intereses<sup>103</sup>. Sin embargo, el Emperador adoptó una actitud muy cauta y conciliadora ante el conflicto<sup>104</sup>. La principal influencia en esta dirección se achaca a su principal ministro, el cardenal Khlesl, quien no era proclive a seguir las directrices españolas y cuya idea de la política exterior se caracterizaba por una fuerte prudencia y estricta neutralidad, lo cual casaba con las directrices del papa Paulo V<sup>105</sup>.

<sup>100</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 20 de abril de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 66, y P. SARPI: *La repubblica di Venezia, la casa d'Austria e gli Uscocchi: aggiunta e supplimento all'istoria degli Uscocchi, trattato di pace et accommodamento*, Bari 1965, p. 148.

<sup>101</sup> “El embaxador de España fue no solamente llamado para entrevenir en ella y consultarse todo con él, mas también se le ha pedido de parte de su Rey buena ayuda y a sido persuadido a darla” (El archiduque Fernando a Erasmo de Dietrichstein. Graz, 3 de enero de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 7, fol. 2v).

<sup>102</sup> Zúñiga censuraba en una carta al archiduque Fernando la actitud de Matías, porque: “a Vra A que está sobre la obra y a sus ministros se devría dar la mano en toda esta materia y ayudarlos en lo de la guerra, espero en Dios que ha de bolver por la causa de V A de todas maneras y darle lo que mereçe” (Praga, 29 de marzo de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 61).

<sup>103</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 8 de junio de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 72.

<sup>104</sup> Antes que tropas para Fernando, Matías pretendía enviar comisarios imperiales para llegar a un acuerdo y adoptar una posición arbitral. Paolo SARPI: *La repubblica di Venezia...*, *op. cit.*, p. 115.

<sup>105</sup> T. DAMMELHART: *Die Reichspolitik Kaiser Matthias*. “Krisenmanagement” am Vorabend des Dreissigjährigen Krieges, Wien 1996, y B. RILL: *Kaiser Matthias: Bruderzwist und Glaubenskampf*, Graz 1999.

El marqués de Villafranca, que tenía instrucciones de apoyar en todo lo preciso a Fernando, no faltó en esta ocasión y recurrió al envío de un ejército a la frontera con la República de Venecia como amenaza <sup>106</sup> y de una misión diplomática ante la Serenísima para que se alcanzara un acuerdo <sup>107</sup>. Aunque esta mediación no tuvo éxito, el contacto diplomático no se rompió y se reveló como útil en el posterior desarrollo de las negociaciones de paz <sup>108</sup>. Por su parte, la movilización milanese preocupó a las autoridades militares vénetas y coadyuvó a que se levantara el asedio de Gradisca en marzo de 1616 <sup>109</sup>. Desde estas fechas el Consejo de Estado español aprobó que se proporcionara un socorro formado por dos compañías de infantería (4.500 hombres) y 500 caballos, que debía ser levado por Zúñiga en el Imperio gracias a un pago mensual de 30.000 ducados que Villafranca debía abonarle desde Milán <sup>110</sup>. Como venía siendo habitual en estos años de gran penuria para la Real Hacienda, los pagos a Fernando no pudieron hacerse con la regularidad y cantidad que se previó <sup>111</sup>. Ello no impidió que, con cierto retraso, las tropas llegaran y fuera de gran utilidad para los estirios <sup>112</sup>.

El cuadro de la contención de Venecia durante la segunda guerra contra Saboya se completó desde dos nuevos frentes: el diplomático que encarnaba el

<sup>106</sup> El castellano de Milán, Sancho de Luna, fue enviado con sus tropas hacia Cremona (El marqués de Villafranca a Felipe III. Milán, 28 de marzo de 1616. AGS, Estado, leg. 1910, n. 97).

<sup>107</sup> El conde Manrique llegó a Venecia con una oferta avalada por el Rey católico y el Papa: los capitanes uscoques serían desterrados si la República se retiraba y restituía las plazas tomadas a cambio (El marqués de Villafranca a Felipe III. Milán, 29 de marzo y 14 de mayo de 1616. AGS, Estado, leg. 1910, n. 108 y 149).

<sup>108</sup> PI SARPI: *La repubblica di Venezia...*, op. cit., p. 179.

<sup>109</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 13 de abril de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 62.

<sup>110</sup> En junio de 1617 la ayuda ascendió de 30 a 50.000 ducados (Antonio de Aróstegui a Juan de Ciriza. Madrid, 8 de junio de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 36, y P. SARPI: *La repubblica di Venezia...*, op. cit., pp. 181-182).

<sup>111</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 8 de octubre de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 81 y consulta del Consejo de Estado. 16 de abril de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 27.

<sup>112</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando, Praga, 1 de octubre de 1616: HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 79.

marqués de Bedmar, inquieto embajador español en Venecia, y el marítimo que dirigía el duque de Osuna, flamante virrey de Nápoles <sup>113</sup>. Tanto Villafranca como Zúñiga le insistieron en la primavera de 1616 para que introdujera en el Adriático la flota napolitana y hostigara las posiciones venecianas <sup>114</sup>. Esto era en sí mismo una provocación, pues la República de San Marcos defendía que el Adriático era un *mare clausum* bajo su estricto control. Osuna mandó las naves en julio de 1616, tan pronto como se hizo con el control del virreinato <sup>115</sup>. En esta ocasión, Felipe III aprobó misión tan osada, y le dio unas instrucciones secretas mostrando su beneplácito con la táctica de acoso <sup>116</sup>. La temida pinza de los Habsburgo se cernió entonces sobre la Serenísima, rodeada por mar y tierra por las posiciones hostiles de la Casa de Austria.

Si bien la conexión de los Austrias centroeuropeos con sus parientes españoles se había incrementado claramente bajo el reinado de Felipe III, hasta este momento no se había asistido a una ayuda tan decidida, onerosa y continuada. Esto se debe a dos razones: la primera, que la guerra de los uscoques era más beneficiosa para la Monarquía católica que para el archiduque estirio, pues permitía a Milán desentenderse de la frontera con la república de Venecia. La Serenísima se había convertido en los años precedentes en el más fiel aliado de Saboya, dentro del proceso de polarización antihabsbúrgica al que se asistía en Italia y Europa. Pero mientras estuviera entretenida en la guerra contra Fernando, no podría ofrecer con toda su energía tropas y fondos a Carlos Manuel, mientras que para España era más sencillo y barato ayudar al Archiduque en un frente alejado de sus fronteras milanesas que tener que levantar

<sup>113</sup> J. BENEYTO PÉREZ: “El Marqués de Bedmar, embajador de Felipe III en Venecia”, *Conferencias de la Escuela Diplomática: curso 1947-1948*, Madrid 1948, y J. M. TROYANO CHICHARRO: “Don Alonso de la Cueva-Benavides y Mendoza-Carrillo, primer marqués de Bedmar: sus biógrafos y el papel que desempeñó en la conjuración de Venecia”, *Sumuntán* 22 (Jaén 2005), pp. 77-98.

<sup>114</sup> El marqués de Villafranca al duque de Osuna. Milán, 18 de marzo de 1616, *CODOIN* 45, pp. 404-405, y Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 22 de junio de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 74.

<sup>115</sup> Z. REBERSKY DE BARICEVIC: “El duque de Osuna y los uscoques de Seña”, *Cuadernos de Historia de España* 45-46 (Buenos Aires 1967), p. 325.

<sup>116</sup> Felipe III al duque de Osuna. Madrid, 29 de diciembre de 1616, *CODOIN* 45, pp. 454-455.

un nuevo ejército contra los venecianos <sup>117</sup>. Además, el socorro de Felipe III a su cuñado le permitía mantener a raya a Venecia sin verse abocado a declararle formalmente la guerra, con lo que se mostraba asimismo la característica disimulación política del Barroco <sup>118</sup>.

Por otro lado, esta situación permitió a la Monarquía hispana ejercer una tutela directa y fortísima sobre la política de Fernando de Estiria, que a ojos venecianos se convirtió casi en un rehén de las directrices del embajador español Baltasar de Zúñiga, pues solo por este lado podía esperar la ayuda precisa para sostener la guerra <sup>119</sup>. Esto resultaba fundamental a la altura de 1616, cuando la negociación de la sucesión imperial se había clarificado y desde Madrid se insistía con firmeza en que Fernando hiciera cesiones a cambio de su reconocimiento. Por ello, los abundantes socorros que se le ofrecieron no se presentaron como donativos, sino empréstitos que debían ser devueltos, algo casi imposible dada la débil posición de Fernando <sup>120</sup>. Aunque Baltasar de Zúñiga se quejaba de que le resultaba difícil justificar como préstamo lo que evidentemente era una ventaja para la Monarquía, la posición regia fue inflexible en este punto <sup>121</sup>.

#### *La paz buscada y la guerra encubierta (1617-1618)*

La posibilidad de iniciar conversaciones de paz fue planteada en diversos puntos de la evolución de la guerra, y era posible porque el *casus belli* era muy

<sup>117</sup> En el propio Consejo de Estado se reconocía que Fernando habría firmado la paz con Venecia hacía tiempo “si de acá no se le hiziera instancia para que durara en la guerra, por ser aquella la mejor diversión que se podía hazer para lo de Saboya” (Consulta del Consejo de Estado. 23 de septiembre de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 42).

<sup>118</sup> R. VILLARI: *Elogio della dissimulazione. La lotta politica nel Seicento*, Bari 2003, pp. 17-29.

<sup>119</sup> “*L'Arciduca non ebbe animo d'opporsi al volere di quel ministro, poiché per mezo suo ricevevano lo stipendio le genti che il re di Spagna gli pagava in Friuli; per il che sua Altezza fu costretta, lasciata la pretensione di tratar in Gratz, rimettersi ad attendere l'esito che avrebbe in corte*” (Paolo SARPI: *La repubblica di Venezia...*, op. cit., p. 173).

<sup>120</sup> La orden del Consejo de Estado era “que se entiende ha de ser para lo que adelante se puede ofrecer en Alemania mirando a quando el Rey Ferdinando venga a ser Emperador, pues se va con ese fin” (Consulta del Consejo de Estado. 23 de septiembre de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 42).

<sup>121</sup> Consulta del Consejo de Estado. 15 de enero de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 23.

claro y ambos contendientes estaban de acuerdo en que el marco fuera restaurar el incumplido tratado de Viena de 1612, del que se acusaban mutuamente de haberlo quebrantado <sup>122</sup>. La solución pasaba porque Venecia restituyera las plazas que había ocupado durante la guerra y Fernando expulsara a los uscoques de sus posesiones; los plazos, precedencias y causas anejas fueron el meollo de la negociación <sup>123</sup>. Es de señalar que además del Emperador y el Papa actuaron como mediadores Francia y Toscana. Es interesante reseñar este último caso, porque el Gran Ducado estaba desempeñando un papel importante en el concierto italiano como “socio preferente” de la Monarquía hispana desde 1609, sustituyendo a Saboya. Esta nueva amistad estaba fundamentada en la alianza dinástica, pues el gran duque Cosme II se había casado ese año con Magdalena de Austria, hermana de la reina de España Margarita y del archiduque Fernando <sup>124</sup>. La red familiar que unía Graz y Madrid tenía desde entonces una nueva base en Florencia, y la Monarquía hispana pudo contar con la colaboración diplomática toscana en este y otros conflictos <sup>125</sup>.

Matías tomó el liderazgo en las negociaciones desde fecha temprana, dada su evidente voluntad por acabar con el conflicto, con la mediación del auditor pontificio <sup>126</sup>. Como el archiduque Fernando no disponía entonces de un

<sup>122</sup> Era un tratado de buena vecindad en el que Fernando se comprometía a que Venecia no sufriría más ataques uscoques (Z. REBERSKY DE BARICEVIC: “El duque de Osuna...”, *op. cit.*, p. 322).

<sup>123</sup> Véase ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, *passim*.

<sup>124</sup> La red femenina de la gran duquesa Magdalena en la Corte de Madrid fue eficaz, y contaba con sor Mariana de San José, priora de la Encarnación, y con la marquesa de Mortara (Giulio Inghirami a Curzio da Picchena. Madrid, 2 de diciembre de 1618. ASF, Mediceo, 4947, fol. 94, y Magdalena de Austria a Ginevra di Porcia. Florencia, 31 de marzo de 1619. ASF, Mediceo, 6101, fol. 258). En general, P. VOLPINI: “Toscana y España”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, III, pp. 1141-1143.

<sup>125</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando, Praga, 18 de octubre de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 85. La mediación toscana también fue importante en las negociaciones sobre la Valtellina en 1621, con la participación del arzobispo de Pisa, embajador mediceo en Madrid, entre los ministros españoles y franceses (Giuliano de Medici, arzobispo de Pisa, a Curzio da Picchena. Madrid, 20 de septiembre de 1621. ASF, Mediceo, 4949, fol. 992).

<sup>126</sup> P. SARPI: *La repubblica di Venezia...*, *op. cit.*, p. 174 y S. GIORDANO: *Le istruzioni generali di Paolo V ai diplomatici pontifici, 1606-1621*, Tübingen 2003, II, pp. 1023-1025.



representante oficial en la Corte imperial, Baltasar de Zúñiga ejerció como valedor de sus intereses y se encargó de que no avanzara ningún acuerdo con el embajador veneciano si no contaba con el previo beneplácito de Fernando <sup>127</sup>. El embajador era consciente de que el mantenimiento de la guerra no reportaba grandes ventajas al archiduque, pero su actuación dependía de los tornadizos rumbos de la corte de Madrid y de la evolución de la tensión del marqués de Villafranca con el duque de Saboya. Al carecer de capacidad de iniciativa, mostró buena voluntad por las posibilidades de arreglo, pero sin mostrar calor en ello. Pero esto cambió en septiembre de 1616 cuando comenzó la segunda guerra de Monferrato y quedó clarificada la consigna de perpetuar la guerra para dejar ocupada a Venecia <sup>128</sup>. Inmediatamente garantizó a Fernando que no le faltaría el apoyo español y que alcanzaría una paz sin claudicaciones, con lo que ambos comenzaron a dificultar los puntos de acuerdo que el auditor pontificio, el cardenal Khlesl y Matías buscaban con los venecianos en Praga <sup>129</sup>. Mientras el Emperador enviaba a Graz a Carlos de Harrach para pedir explicaciones por este cambio de actitud <sup>130</sup>, el archiduque de Estiria mandó por entonces a Praga a Erasmo de Dietrichstein para discutir las condiciones de paz, aunque en realidad estuvo bajo las órdenes de Zúñiga <sup>131</sup>, “*con istruzioni limitate, che in fine si riferivano tutte a quello che fosse consigliato dall’ambasciator Catolico*” <sup>132</sup>.

El conflicto tenía un marcado carácter multilateral, pues en distintos grados estaban implicados un buen número de príncipes cristianos y la Monarquía hispana no actuaba en ello como un bloque monolítico, pues contaba con diferentes

<sup>127</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 11 de junio de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 73.

<sup>128</sup> Felipe III al marqués de Villafranca. Madrid, 12 de noviembre de 1616. AGS, Estado, leg. 1912, n. 307.

<sup>129</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 18 de octubre de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fol. 85.

<sup>130</sup> El archiduque Fernando a Erasmo de Dietrichstein. Graz, 3 de enero de 1617. HHStA. SpDK, karton 15, fasc. 7, fol. 1.

<sup>131</sup> Baltasar de Zúñiga al archiduque Fernando. Praga, 12 de octubre y 16 de noviembre de 1616. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 2, fols. 83 y 93. Nada casual que el embajador elegido fuera un miembro de la familia Dietrichstein, uno de los linajes centroeuropeos más vinculados con la Monarquía hispana (B. BADURA: “La casa de Dietrichstein y España”, *Ibero-Americana Pragensia* 33 [Praga 1999], pp. 47-67).

<sup>132</sup> P. SARPI: *La repubblica di Venezia...*, op. cit., p. 175.

actores e intereses. Además de la posición de la Corte madrileña y de los ministros en Italia, la embajada española en Praga desempeñó un papel muy importante y con cierto margen de autonomía. Zúñiga estaba obligado a seguir la orden de facilitar o entorpecer la cuestión de la paz con Venecia en función de la situación de la guerra entre Milán y Saboya, buscando el momento más propicio para las armas españolas <sup>133</sup>. Aunque su desconfianza hacia la Serenísima fue constante <sup>134</sup>, la guerra no le interesaba para consolidar la hegemonía española en Italia, ya que era partidario de la política de quietud que identificaba con Felipe II <sup>135</sup>, sino porque le ofrecía la ocasión ideal para controlar a Fernando y colocarle en una posición de necesidad con la que pudiera lograr cerrar favorablemente la negociación de la sucesión de Hungría y Bohemia <sup>136</sup>. Esto era además de máxima urgencia, porque ya estaba elegido su sucesor en la embajada, el conde de Oñate, que llegó a Praga en febrero de 1617.

Una primera y osada gestión no prosperó: convencer al archiduque Maximiliano para entrar en guerra contra Venecia desde sus posesiones en el Tirol y con el sostén español. El viejo archiduque era el siguiente al emperador Matías en la línea sucesoria, pero había cedido sus derechos a Fernando y presionado a su hermano Alberto para que hiciera lo propio. Se mostraba además muy crítico con Felipe III por dilatar su asentimiento a la espera de recompensas, ya que él no las había exigido <sup>137</sup>. Por ello, el plan de Zúñiga para implicarle en la

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>134</sup> Ante la oferta del embajador veneciano de que la República llegara a una alianza con la Monarquía católica, Zúñiga le frenó mostrando su desconfianza:

*“la Serenisima Republica non essendo da credere come dissi per commissione di lei a S M d'all hora quando venni in questa Corte ad inventare divulgationi, per mettere in honestà et pretesto le ingiuste operationi”* (Alvise Cornaro al Senado de Venecia. Madrid, 7 de abril de 1621. ASVe, Dispacci Spagna, filza 53, n. 48).

<sup>135</sup> Cuando Zúñiga alcanzó la presidencia del Consejo de Italia informó al legado veneciano de su voluntad de:

*“che però procurarebbe ritornare il stato dessa, come a tempo di filippo secondo, et tra questa Corona et V Serenità si rinovasse la medesima buona intelligenza, conoscendo ch'il servitio del Re così meglio si esserverebbe in tutte le cose”* (Alvise Cornaro al Senado de Venecia. Madrid, 6 de noviembre de 1621. ASVe Dispacci Spagna, filza 54, n. 105).

<sup>136</sup> Consulta del Consejo de Estado de 24 de enero de 1615. AGS, Estado, leg. 2326, n. 1.

<sup>137</sup> El archiduque Maximiliano a Felipe III. Linz, 1 de septiembre 1614. AGS, Estado, leg. 2326, n. 5, y consulta del Consejo de Estado. 28 de enero 1616. AGS, Estado, leg. 2326, n. 18.

guerra de los uscoques en defensa de su sobrino Fernando buscaba mantenerlo en la dependencia española y más proclive a los planes del Rey Católico, pero el archiduque no mostró interés en esta posibilidad <sup>138</sup>.

Lo que sí funcionó fue la misión que Zúñiga encargó a su secretario Bruneau en Estiria en enero de 1617. El pretexto era ajustar el pago de las tropas mantenidas por España en la guerra contra Venecia, pero en lugar de llegar al frente de Gorizia, Bruneau no pasó de Graz, donde se entrevistó con el archiduque Fernando. El objetivo era convencerle de no aceptar ninguna oferta de paz veneciana pese a la presión del Emperador y el Papa para que avanzara por esta senda <sup>139</sup>. Pero además aprovechaba la situación de total dependencia del auxilio español en que se encontraba para presionarle a aceptar el plan sucesorio que Infantado había conseguido convertir en la posición definitiva de Felipe III: el Rey solo cedería sus derechos a los tronos de Hungría y Bohemia a cambio de los feudos libres de Italia. El archiduque aceptó el plan y firmó el acuerdo con Bruneau el 31 de enero <sup>140</sup>.

En estos meses de vacilaciones entre continuar la guerra y las condiciones para una paz, Zúñiga se mostró concorde y coordinado con los ministros españoles en Italia, aunque era una alianza condicionada por las circunstancias y los objetivos finales eran divergentes. Además, las directrices que emanaban de la corte de Madrid no tenían porque ser seguidas al pie de la letra. Por todo ello fracasó esta primera tentativa de paz:

*non si essequì per li ufficii che l'ambasciator di Spagna (Zúñiga) fece in contrario; e perché pochi giorni doppo quel prencipe (Fernando) fece aperta dechiarazione di non dover fare se non quanto li Spagnoli consigliassero, li quali tutti s'opponevano alla conclusione di pace con intiero concerto per un medesimo fine generale di vantaggiar le cose della loro Corona, ma ciascuno per li particolari spettanti alli negozii che maneggiavano: l'ambasciator di*

<sup>138</sup> "...acciò non potese attendere con tanta sollecitudine quanta usava a procurare che in Ferdinando cadese la successione d'Ongaria e Bohemia senza dar alcuna recompensa a Spagna per le pretensión sopra quelle Corone" (P. SARPI: *La repubblica di Venezia...*, op. cit., p. 184).

<sup>139</sup> "...dove andò solamente per tenerlo fermo a non accettare l'accordo, dubitando essi che vi piegasse per metter in effetto il disegno della successione" (P. SARPI: *La repubblica di Venezia...*, op. cit., p. 182).

<sup>140</sup> O. GLISS: *Der Oñatevertrag...*, op. cit., pp. 23-24. El definitivo tratado de Oñate, que completó a este y que ha sido mencionado más arriba, fue firmado en marzo del mismo año.

*Praga per avvantaggiar il re nella trattazione della successione alli regni d'Ongaria e Boemia, che si maneggiava; l'ambasciator di Venezia [Bedmar] per incomodar maggiormente le cose della Republica; il governatore di Milano per valersi di questa guerra a profitto delle cose sue nell'altra guerra di Piemonte, che egli desiderava continuare* <sup>141</sup>.

El famoso “triumvirato italiano” formado por Osuna, Villafranca y Bedmar tenía una visión más italianista del problema, aunque la cuestión central para el gobernador de Milán era aplastar el orgullo saboyano y obligarle a retornar a la órbita española, mientras Bedmar y, sobre todo Osuna, identificaban en Venecia el centro de los problemas para el orden hispano en Italia. Animado por el súbito protagonismo alcanzado por los fondos y naves napolitanas, Osuna justificó en una famosa carta la centralidad de Italia en el entramado de poder español y la importancia de aplastar todo cuestionamiento <sup>142</sup>. De sobra conocidas son las campañas de Osuna en el Adriático durante los años siguientes, en las que continuó hostigando con bastante éxito las posiciones venecianas mientras apoyaba a su rival la república de Ragusa <sup>143</sup>. Todo esto lo hacía ya en abierta desobediencia con las órdenes que el Rey le cursaba mientras negociaba la paz con Venecia <sup>144</sup>.

En Madrid, mientras tanto, las posiciones eran también divergentes, pues estos conflictos coincidían con la crisis del valimiento de Lerma, y el despliegue bélico que se desarrollaba era la muestra evidente de la falta de autoridad del duque y el aplazamiento de su consigna de quietud de Italia. Su hijo y rival, el duque de Uceda, ascendía posiciones en la Corte con su propia facción, en la que se incluían estos ministros italianos, que gracias a su apoyo tenían garantías para

<sup>141</sup> P. SARPI: *La repubblica di Venezia...*, *op. cit.*, p. 182.

<sup>142</sup> “Hoy resuélvase V. E., que la monarquía de España es Italia, pues por Italia, Nápoles y Milán es monarca; y en comenzándose a desmoronarse un poco, acaba de caerse con grandísima prisa” (El duque de Osuna al de Lerma. Nápoles, 6 de marzo de 1617, *CODOIN* 45, pp. 508-509).

<sup>143</sup> C. FERNÁNDEZ DURO: *El gran duque de Osuna y su marina. Jornadas contra turcos y venecianos (1602-1624)*, Sevilla 2006, pp. 271-318.

<sup>144</sup> A las quejas del embajador veneciano le dijo un ministro español “*che li ministri d'Italia mirano alli soli interessi proprii, ma Sua Maesta debe mirare al ben di tutti, e regolarsi con altri fini*” (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 16 de marzo de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 2).

continuar con sus tendencias más ofensivas <sup>145</sup>. Lerma confiaba en controlar la situación con la llamada a la Corte de su sobrino el conde de Lemos, que había ejercido el virreinato de Nápoles entre 1611 y 1616 con gran satisfacción y que llegaba a Madrid rodeado de prestigio y autoridad <sup>146</sup>. Gracias a esto obtuvo con rapidez el cargo de presidente del Consejo de Italia, un puesto clave para la gobernación de Italia y para marcar la política española al respecto <sup>147</sup>. Sin embargo Osuna, su sucesor en Nápoles, se esforzó en desacreditar su política en el virreinato y autorizó el envío a Madrid de una embajada de las *piazze* nobles crítica con la gestión de Lemos <sup>148</sup>. La debilidad de la facción lermista estaba ya tan avanzada que Uceda obtuvo en agosto de 1617 una cédula de Felipe III para encargarse de las materias arduas y graves de Italia, puenteando de este modo a Lemos <sup>149</sup>. Los consejeros de Italia ya venían percibiendo desde hacía un tiempo el progresivo vaciado de sus funciones con el paso al Consejo de Estado de las decisiones sobre algunos asuntos de justicia, hacienda y mercedes y la pérdida de su capacidad de contrapeso a los virreyes, que contaban con más margen de iniciativa gracias al apoyo de Uceda <sup>150</sup>.

Pese a la socavación de su papel en la Corte, Lerma empleó mucha energía en atender a esta cuestión, que se puede considerar su último éxito en política exterior. En un primer momento había apoyado las iniciativas de Villafranca, consciente de la necesidad de contemporizar con la opinión imperante del

<sup>145</sup> Señalaba el embajador genovés Giovanni Battista Saluzzo que con el valimiento de Uceda se seguía en general el parecer del Consejo de Estado salvo en cuestiones de cargos y mercedes y asuntos que dieran disgusto a Osuna u otros amigos de Uceda, que quedaban paralizados (“Relazione di Giovanni Battista Saluzzo”. 25 de octubre de 1622, en R. CIASCA: *Istruzioni e relazioni...*, *op. cit.*, II, p. 162).

<sup>146</sup> I. ENCISO ALONSO-MUÑUMER: *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III: Nápoles y el Conde de Lemos*, Madrid 2007, y A. FEROS: *Kingship and Favoritism...*, *op. cit.*, p. 239.

<sup>147</sup> M. RIVERO RODRÍGUEZ: “Los consejos territoriales...”, *op. cit.*, pp. 423-427.

<sup>148</sup> El *seggio* popular rechazó la propuesta del Parlamento de 1616-1617 para que Lemos no pudiera intervenir en las causas del Reino por indigno de confianza (F. BENIGNO: *La sombra del rey: validos y lucha política en la España del siglo XVII*, Madrid 1994, pp. 89-91).

<sup>149</sup> P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Fragmentos de monarquía...*, *op. cit.*, p. 229.

<sup>150</sup> Consulta del Consejo de Italia de 14 de octubre de 1616. AGS, SP, lib. 1090, fols. 211-213. En los folios 196-202 hay otra consulta de 22 de agosto advirtiendo de lo negativo de alterar la forma de política de Italia que se llevaba observando desde Carlos V.

fracaso de Hinojosa y para desvincularse de su antiguo protegido <sup>151</sup>. El nuevo gobernador de Milán había gozado de margen de maniobra a lo largo de 1616 para preparar una nueva ofensiva contra Saboya, y se había aprobado en septiembre la reapertura de la guerra abierta. Pero a la altura de diciembre empezaba a cundir en algunos sectores la preocupación porque la Hacienda no dispusiera de fondos para continuar decentemente las operaciones. Lerma encabezaba esta opinión y prefería una paz rápida y honrosa a continuar una guerra sin financiación <sup>152</sup>. Pero Villafranca, a quien la suerte de las armas sonreía, no estaba dispuesto a interrumpir las campañas hasta conseguir un triunfo claro sobre Saboya <sup>153</sup>.

Si Lerma no contaba con margen suficiente para interrumpir por el momento las operaciones de la segunda guerra de Monferrato, sí que podía intervenir en la resolución de la guerra de los uscoques, que se mantenía en buena medida por el apoyo español a Fernando de Estiria. Tampoco el valido creía que podía dejarse al archiduque a su suerte, por el riesgo que para el orden español significaba una expansión veneciana y granjearse la desconfianza de la otra rama de la dinastía. Pero temía que el desarrollo de esta guerra concitara una amenaza mayor, ya que la República de San Marcos fraguaba una alianza defensiva con Holanda <sup>154</sup>. La posibilidad de que las Provincias Unidas tuvieran a través de Venecia un acceso a Italia significaba un enorme desafío tanto para la hegemonía española como para el mantenimiento de la pureza católica de la península. En otoño de 1616 se sucedieron los avisos de que se preparaba una flota en Holanda para auxiliar a Venecia con tropas <sup>155</sup>. Prueba de la gravedad de estas noticias fue que Lerma asistiera, por única vez en toda su carrera, a una sesión del Consejo de Guerra para emitir el voto siguiente:

<sup>151</sup> A. FEROS: *Kingship and Favoritism...*, *op. cit.*, pp. 233-234.

<sup>152</sup> Consulta del Consejo de Estado. 14 de diciembre de 1616. AGS, Estado, leg. 1306, n. 110.

<sup>153</sup> A. BOMBÍN: *La cuestión de Monferrato...*, *op. cit.*, pp. 203-205.

<sup>154</sup> A. VAN DER ESSEN: *L'alliance défensive hollando-vénitienne de 1619 et l'Espagne*, Bruselas 1947.

<sup>155</sup> En octubre ya se estaba informado sobre esto en Flandes y el Imperio (Gerd von Efferen a Baltasar de Zúñiga. Aschafenburg, 31 de octubre de 1616. HHStA, SpV, karton 4, fasc. c, fol. 48). Por ello Zúñiga pidió para Fernando refuerzos de expertos militares, como el artillero Juan de Medici (Baltasar de Zúñiga a Felipe III. Praga, 19 de noviembre de 1616. AGS, Estado, leg. 2326, n. 25).

haviendose Italia... tantas provincias conservado en la religion tantos años si se introduce allí la heregia se corrompera y perdiera todo y lo uno y lo otro ha querido ponderar en su boto por si combiene resistir los socorros del noroeste y lo que combendra hazer y se vea si es de mas importancia el mantener la fee y la religion en Italia que contrabener a la tregua, y aunque considera el estado trauajosso de la hazienda y las necessidades en que Vuestra Magestad se halla todavia siendo para efecto y causa tan importante suplicara a Vuestra Magestad se esfuerze a hazerlo por lo mucho que combiene que erejes no entren en Italia por los graues daños que dello resultarian <sup>156</sup>.

A comienzos de 1617, una flota de socorro holandés con 6.000 hombres fue capaz de circunnavegar la península Ibérica, atravesar el estrecho de Gibraltar y arribar a Venecia sin que la armada española lograra interceptarla <sup>157</sup>. Esto mostró a las claras la inseguridad en el control al acceso del Mediterráneo, la debilidad de la marina hispana frente a la holandesa y la certidumbre de la amenaza que significaba un acercamiento entre Venecia y Holanda <sup>158</sup>.

Además de este riesgo hay que tener en cuenta que el viejo valido intentaba en estos momentos proponer una última y gran campaña bélica con la que mantenerse en la privanza y ganar la voluntad del Rey: la jornada secreta de Argel <sup>159</sup>. La regencia norteafricana era la mayor base de piratas y corsarios que asolaban

<sup>156</sup> Consulta del Consejo de Guerra. Madrid, 26 de diciembre de 1616. AGS, GA, 808, s.f., cit. en P. WILLIAMS: "El favorito del Rey...", *op. cit.*, p. 250.

<sup>157</sup> Avisos de la Corte de Madrid mostrando la perplejidad por la escapada holandesa en Hernando de Chaves a Matías I. Madrid, 10 de abril de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 3, fol. 15. El infructuoso esfuerzo del duque de Osuna por interceptarlos, en Luis M. LINDE: *Don Pedro Girón...*, *op. cit.*, pp. 140-142.

<sup>158</sup> B. GARCÍA GARCÍA: "La «guarda del Estrecho» durante el reinado de Felipe III", en E. RIPOLL y M. LADERO (eds.): *Actas del II Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar"*, Ceuta 1995, IV.

<sup>159</sup> M. Á. DE BUNES IBARRA: "Felipe III y la defensa del Mediterráneo. La conquista de Argel", en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid 2006, I, pp. 921-946, y M. RIVERO RODRÍGUEZ: "¿Monarquía Católica o Hispánica?: La encrucijada de la política norteafricana entre Lepanto (1571) y el proyecto de la jornada real de Argel (1618)", en P. SANZ CAMAÑES (coord.): *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid 2005, pp. 593-614.

el Mediterráneo occidental y causaban un gran quebranto a las comunicaciones entre España e Italia y a la seguridad de las costas. Su actividad había aumentado enormemente tras las treguas hispano-otomanas de 1581, con las que la Monarquía hispana había descuidado el mantenimiento de las grandes flotas defensivas en la zona. Esto se agravó con el contacto de los argelinos con piratas ingleses y holandeses, de los que importaron los prácticos navíos de alto bordo típicos del Atlántico <sup>160</sup>. La conquista de Argel era un viejo proyecto de Lerma, que había fracasado en las dos primeras intentonas de 1601 y 1604 <sup>161</sup>. La idea fue resucitada en 1616, y los preparativos preveían que una gran flota con 73 galeras y unos 30.000 hombres tomara la ciudad por asalto en septiembre de 1618. Para encarar un plan tan ambicioso era imprescindible desarticular cualquier inquietud en el Mediterráneo y que Osuna sacara sus galeras del Adriático <sup>162</sup>.

Fue la penuria de la Hacienda, la presión papal <sup>163</sup> y sobre todo la amenaza holandesa lo que convenció a Lerma para que en diciembre de 1616 aceptara la propuesta de negociar del embajador veneciano en Madrid, Piero Gritti <sup>164</sup>. Este pidió entonces poderes al Senado de la República para llevarlas a cabo, y también consiguió del duque de Saboya autorización para negociar en su nombre <sup>165</sup>.

<sup>160</sup> P. WILLIAMS: "Past and Present: the forms and limits of Spanish naval power in the Mediterranean, 1590-1620", en M. RIZZO *et alii* (eds.): *Le forze del principe*, Murcia 2004, I, pp. 237-278.

<sup>161</sup> B. GARCÍA GARCÍA: "Ostende, Kinsale y Argel: tres empresas para Felipe III", en O. RECIO MORALES *et alii* (eds.): *Irlanda y la Monarquía Hispánica. Kinsale 1601-2001: guerra, política, exilio y religión*, Madrid 2002, pp. 225-254.

<sup>162</sup> Nada más firmar la paz de Madrid, Lerma propuso a los representantes del Papa, Francia y Venecia organizar una liga contra el Turco (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 26 de septiembre de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 51).

<sup>163</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 19 de junio de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 31. No hay que olvidar que además Paulo V había enviado un legado extraordinario a Milán para mediar en el conflicto, el cardenal Ludovisi, futuro papa Gregorio XV (S. GIORDANO: *Le istruzioni generali di Paolo V...*, *op. cit.*, I, pp. 54-55 y II, pp. 1052-1057).

<sup>164</sup> Felipe III al marqués de Villafranca. Madrid, 19 de diciembre de 1616. AGS, Estado, leg. 1912, n. 325.

<sup>165</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 4 de marzo de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 1.



Aunque la guerra de Monferrato y la de los uscoques estaban conectadas por la participación española, Lerma solo había mostrado voluntad por negociar la segunda, de modo que sobre Carlos Manuel pendía la presión de perder el sostén veneciano y quedar aislado. Aunque Francia era también proclive a que se negociara una paz general de Italia en la que Saboya y Venecia no fueran divididos, triunfó la posición de fuerza española de tratar por separado a los contendientes <sup>166</sup>. Por otra parte, Lerma solo había conseguido convencer al Rey para acabar con este conflicto aduciendo el temor a una infiltración holandesa en Italia, mientras que no consiguió persuadirle de que se finalizara la guerra de Monferrato. Esto se achacó a la influencia del confesor real Luis de Aliaga, aliado del duque de Uceda y del marqués de Villafranca <sup>167</sup>.

El apadrinamiento por parte de Felipe III de las conversaciones de paz por los uscoques motivó que el grueso de la negociación se trasladara de la Corte imperial a Madrid y que Matías perdiera la precedente centralidad como negociador. En elegir este momento para minimizar el papel diplomático de la corte de Praga pesó además el relevo de la embajada española. El conde de Oñate sustituyó a Zúñiga en febrero de 1617, de modo que la influyente posición de poder labrada por don Baltasar quedaba en suspenso por la llegada de un embajador que desconocía la mecánica de los asuntos centroeuropeos <sup>168</sup>.

Muestra definitiva del traslado a Madrid del peso del negocio fue que el Emperador enviara a España, después de más de diez años, un embajador digno de tal nombre: Franz Christoph Khevenhüller <sup>169</sup>. Contaba con la excelente carta de presentación de tratarse del sobrino de Johann Khevenhüller, el prestigioso y dilatado embajador en Madrid entre 1571 y 1606 <sup>170</sup>, tras el cual la embajada

<sup>166</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 5 de abril de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 9.

<sup>167</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 8 de abril de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 10.

<sup>168</sup> Zúñiga emprendió un largo regreso a Madrid pasando por las cortes de Bruselas y París (Hernando de Boisschot al conde de Gondomar. París, 10 de mayo de 1617. BP, Relación II/2124, doc. 207).

<sup>169</sup> Es el autor de los *Annales Ferdinandeï*, una de las obras clásicas de la historiografía de la Guerra de los Treinta Años, publicada por primera vez en 14 tomos en Leipzig, 1721.

<sup>170</sup> S. VERONELLI: "Introducción" a *Diario de Hans Khevenhüller: embajador imperial en la corte de Felipe II*, Madrid 2001.

imperial en la Corte católica se había prácticamente diluido <sup>171</sup>. Khevenhüller recibió también poderes de Fernando para que ejerciera como su representante ante Felipe III, de modo que la voz de la rama imperial de los Austrias quedaba centralizada de cara a la negociación de paz <sup>172</sup>. Lerma consiguió marcarse otro triunfo con la orden regia de que Villafranca interrumpiera en Milán las gestiones diplomáticas que llevaba desarrollando desde hacía un año. No era un secreto que el gobernador de Milán no tenía voluntad de alcanzar esta paz, pero contaba con muchos adherentes en el Consejo de Estado, de modo que dejarle al margen de este negocio fue una de las últimas muestras de autoridad de Lerma <sup>173</sup>. Con la ansiada llegada del embajador imperial en abril de 1617 comenzaron las conversaciones, en las que destacó la hiperactividad y actitud conciliatoria de Lerma, que logró en apenas dos semanas llegar a un esbozo de acuerdo <sup>174</sup>.

El negocio era complejo, porque además de los representantes imperial y veneciano (quien actuaba también en nombre de Saboya) y el arbitraje de Lerma estaban también presentes el nuncio papal y el embajador francés <sup>175</sup>. Ante

<sup>171</sup> Tras la muerte de Johann Khevenhüller en 1606, quedó como encargado de negocios un secretario, Miguel Ruiz de Azagra. El nuevo embajador, marqués de Castiglione (1610-1612) pasó sin pena ni gloria, pues por entonces Rodolfo II se encontraba en una fase senil y su Monarquía en una crisis de autoridad enorme, por lo que no recibió instrucciones ni fondos. Hasta 1617 volvió a encargarse un secretario, Hernando de Chaves. Por eso, nada más llegar a Madrid confesaba Christoph Khevenhüller a un amigo que:

“del Sro Chaves yo no puedo entender asta aquí otro sino que es hombre de bien y que trata los negocios de su Mag con diligencia y cuydado mas el Rey y los ministros maravillanse mucho, que su Mag. Ces. no tiene Embaxador ordinario aquí y por escrebir la verdad todos desta corte tiene muy poca información de los negocios del Emperador y de los Archiduques” (Christoph Khevenhüller a Leonhard von Meggau. Madrid, 27 de abril de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 11, fol. 36).

<sup>172</sup> La plenipotencia de Fernando, firmada en Graz el 6 de febrero de 1617, en HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 11, fol. 10.

<sup>173</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 16 de marzo de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 3.

<sup>174</sup> Hernando de Chaves a Matías I. Madrid, 6 de mayo de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 3, fol. 23.

<sup>175</sup> Ejemplo de una junta con todos los diplomáticos se ve en Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 19 de junio de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 31.

tantos protagonistas eran muchas las posibilidades de distorsión y los cambios de equilibrios, aumentados porque en Italia seguían adelante las dos guerras. Un aliado coyuntural de Lerma entre los ministros regios fue en estos meses Baltasar de Zúñiga. Tras recibir la licencia como embajador en Praga se le había destinado a la de Roma, pero obtuvo licencia para pasar antes por España <sup>176</sup>. A la postre Felipe III cambió sus órdenes y le dio el título de consejero de Estado y le permitió quedarse en la corte de Madrid, donde ha “tomado antes de ayre possession de su plaça del consejo de stado” <sup>177</sup>. Don Baltasar fue ganando poco a poco influencia en el Consejo de Estado merced a su gran prestigio como experimentado diplomático y se convirtió en el interlocutor de más confianza para el archiduque Fernando <sup>178</sup>, el Emperador y el embajador Khevenhüller en Madrid <sup>179</sup>. También comenzó a ganarse la confianza del embajador veneciano <sup>180</sup>, aunque Lerma se mostró muy celoso en ser el único en dirigir las negociaciones <sup>181</sup>.

Si algo facilitó el que estas llegaran a una conclusión definitiva fue la toma de Vercelli por parte de las tropas del gobernador Villafranca en julio de 1617 <sup>182</sup>. La suerte de las armas estaba definitivamente del lado español con la conquista de esta ciudad, una de las principales plazas del duque de Saboya. Francia, que era el principal apoyo diplomático de Carlos Manuel, presionó para que aceptara la suspensión de armas y las condiciones de paz que el embajador veneciano Gritti había negociado en Madrid <sup>183</sup>. Aunque las conversaciones para

<sup>176</sup> Alfonso de Requesens al cardenal Dietrichstein. Nysa, 15 de enero de 1617. MZA, RADM, 441, fol. 63.

<sup>177</sup> Christoph Khevenhüller a Leonhard von Meggau. Madrid, 7 de julio de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 11, fols. 157-158.

<sup>178</sup> El archiduque Fernando a Christoph Khevenhüller. Praga, 28 de julio de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 11, fol. 235.

<sup>179</sup> Matías I a Christoph Khevenhüller. Praga, 28 de julio de 1617. HHStA, SpDK, karton 14, fasc. 21, fol. 58.

<sup>180</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 17 de agosto de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 41.

<sup>181</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 9 de septiembre de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 43.

<sup>182</sup> A. BOMBÍN: *La cuestión de Monferrato...*, *op. cit.*, pp. 201-217.

<sup>183</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 10 de agosto de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 39.

acabar con las dos guerras se mantenían separadas, avanzaron en paralelo y culminaron con el tratado de Madrid de 26 de septiembre de 1617<sup>184</sup>, completado con el convenio de Pavía de 9 de octubre, por el que Villafranca establecía con el embajador francés Béthune los medios para llevar a cabo la paz con Saboya<sup>185</sup>.

El tratado de Madrid fue bien recibido tanto por parte austriaca como veneciana, pues los primeros conseguían la restitución de todas las plazas perdidas durante la guerra y los segundos la expulsión de los piratas uscoques. Pero en el caso saboyano, Villafranca era renuente a alcanzar la paz sin una derrota total de Carlos Manuel, algo que no era una prioridad en Madrid. El gobernador incluso proponía “meter la guerra en casa” a Francia, por el claro apoyo que estaba prestando al saboyano. Pero las órdenes del Consejo de Estado no dejaban duda: debía aceptar el tratado de paz recién firmado y licenciar sus tropas. Además se recibió de buen grado su petición de retiro, visto que alcanzada la paz ya era posible dejar un vacío de poder en Milán<sup>186</sup>. Zúñiga encabezó la posición de atajar los escrúpulos de Villafranca para firmar el tratado de paz<sup>187</sup>. Se requería para entonces un ministro con un perfil más político, que se encontró en el duque de Feria, quien se hizo cargo de la gobernación de Milán en agosto de 1618<sup>188</sup>. Hasta su llegada, Villafranca fue cumpliendo las órdenes regias de pacificar la región, y es de señalar que el fin oficial de los objetivos italianos coincidió y fue facilitado por el aplazamiento de los grandes planes mediterráneos de Lerma. El “intento secreto” contra Argel no contaba con la voluntad unánime de los ministros españoles, y menos los del Consejo de Estado, que aprobaron

<sup>184</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 28 de septiembre de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 50 y Felipe III a Matías I. Madrid, 4 de octubre de 1617. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 3, fol. 47. Un resumen en Antonio BOMBÍN: *La cuestión de Monferrato...*, *op. cit.*, pp. 241-244.

<sup>185</sup> J. DE ABREU Y BERTODANO: *Colección de los Tratados de Paz, alianza, neutralidad, garantía, protección, tregua, mediación... hechos por los pueblos, reyes y príncipes de España...*, Madrid 1740, Reinado de Felipe III, II, pp. 281-283.

<sup>186</sup> Consulta del Consejo de Estado. 10 de octubre de 1617. AGS, Estado, leg. 1917, n. 62.

<sup>187</sup> Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 2 de noviembre de 1617. AGS, Estado, leg. 1917, n. 69.

<sup>188</sup> M. BARRIO GOZALO: “La Spagna e la questione della Valtellina nella prima metà del Seicento”, en A. BORROMEO (ed.): *La Valtellina crocevia dell'Europa. Politica e religione nell'età della Guerra dei Trent'anni*, Milano 1998, p. 34.

servirse del dinero que Juan Vivas reunía en Génova para financiarlo para pagar parte de la licencia de las tropas en Milán y la reforma de los regimientos <sup>189</sup>.

Si la licencia de tropas en Lombardía fue lenta y no exenta de sobresaltos, los efectivos pagados en Friuli contra Venecia corrieron peor suerte. Y es que aunque el conde de Oñate, embajador en el Imperio, era el encargado de gestionar los fondos para satisfacer su mantenimiento, este dinero se libraba a través de Milán. El gobernador Villafranca tenía sus propias prioridades, y remitió las cantidades acordadas con retraso y disminuciones <sup>190</sup>. Con esto y la crítica situación de la Hacienda era imposible allegar los recursos precisos para licenciar este ejército, que permaneció por ello amenazante y cercano a la frontera veneciana. La república de San Marcos tenía problemas semejantes de liquidez y vivía además una fase de gran inquietud por los ataques navales del duque de Osuna. Existían en el Senado de Venecia abundantes fuerzas contrarias a la paz recién firmada, a quienes el virrey de Nápoles ofrecía un pretexto ideal para retrasar la aplicación del tratado e intentar arañar nuevas ventajas. Gradisca volvió a ser sitiada a finales de 1617 <sup>191</sup>, mientras que por parte española Osuna procedía al secuestro de cuantas naves venecianas encontraba a su camino en el Adriático, negándose a aceptar la pretensión de la República de que este mar era su monopolio <sup>192</sup>. Y Villafranca retrasaba asimismo la restitución de Vercelli al duque de Saboya y parecía a punto de volver a las hostilidades <sup>193</sup>.

Por estas causas, y pese a que en la Corte católica se deseaba que una vez firmada la paz de Madrid se pudieran licenciar las tropas pagadas por España, los muchos problemas que suscitó el desarrollo de la paz y las inquietudes en Friuli impidieron despedir a la soldadesca. Por otra parte, el archiduque Fernando quiso aprovechar este ejército para un nuevo compromiso que se le presentaba:

<sup>189</sup> Consulta del Consejo de Estado. 18 de octubre de 1617. AGS, Estado, leg. 1917, n. 63.

<sup>190</sup> En febrero de 1618, Oñate reclamaba casi un millón de florines para satisfacer las pagas atrasadas y la licencia (Consulta del Consejo de Estado. 10 de marzo de 1618. AGS, Estado, leg. 2327, n. 11).

<sup>191</sup> El archiduque Fernando al conde de Oñate. 31 de octubre de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 6, fol. 1.

<sup>192</sup> Z. REBERSKY DE BARICEVIC: "El duque de Osuna...", *op. cit.*, pp. 336-339, y L. M. LINDE: *Don Pedro Girón...*, *op. cit.*, pp. 116-117.

<sup>193</sup> Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 7 de diciembre de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 62.

su coronación como rey de Hungría. Una vez obtenido el beneplácito de Felipe III para que ostentara esta corona, y con la relativa tranquilidad que prestaba el fin de la guerra contra Venecia, era momento de hacerse cargo de esta herencia. Pero era un episodio delicado, porque el afán contrarreformista y autoritario de Fernando chocaba con los intereses de la elite magiar, y era de temer que sin el apoyo de un ejército suficiente no le prestaran reconocimiento <sup>194</sup>. Desde el Consejo de Estado se era renuente a prestar este apoyo, que se consideraba excesivo y oneroso <sup>195</sup>; aun así, parece que la amenaza de que un ejército español pudiera intervenir en Hungría facilitó que este reino reconociera a Fernando por soberano <sup>196</sup>.

#### 4. LA NUEVA ETAPA:

##### LA IMPLICACIÓN HISPANA EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

La gestión de las paces de 1617 fue, como hemos referido, el último éxito diplomático de Lerma, cuya posición en la Corte se encontraba ya en franca decadencia. El duque pretendía pasar a la vida eclesiástica y había solicitado un capelo de cardenal que le fue concedido en 1618. Felipe III convino con él que adquirida la calidad de cardenal, su posición en la Corte era complicada, y que eso marcaría su retiro <sup>197</sup>. Pero el recambio no iba a ser tan sencillo como la sustitución de Lerma por su hijo Uceda, con las mismas atribuciones y poder, porque el propio Rey Católico se encargó de llamar a la Corte a algunos de los más conspícuos opositores de la facción de la familia Sandoval y a ofrecerles posiciones

<sup>194</sup> El archiduque Fernando a Christoph Khevenhüller. Praga, 29 de julio de 1617. HHStA, SpDK, karton 14, fasc. 21, fol. 68 y consulta del Consejo de Estado. 9 de septiembre de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 46.

<sup>195</sup> Por ello se recurrió a una táctica dilatoria que fue facilitada por el lado imperial, porque en lugar de pedir el socorro directamente al conde de Oñate se envió un correo expreso a España, con todos los retrasos imaginables (Consulta del Consejo de Estado. 23 de septiembre de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 42 y Christoph Khevenhüller al cardenal Khlesl. Madrid, 19 de marzo de 1618. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 12, fol. 162).

<sup>196</sup> Consulta del Consejo de Estado. 23 de septiembre de 1617. AGS, Estado, leg. 2326, n. 42 y del 28 de junio de 1618. AGS, Estado, leg. 2327, n. 23.

<sup>197</sup> M. ESCAGEDO SALMÓN: "Los Acevedos", *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* 7 (Santander 1925), p. 62.

importantes<sup>198</sup>. Ya hemos mencionado el caso de Baltasar de Zúñiga, que llega a Madrid en julio de 1617, al que hay que añadir a su tío el conde de Benavente, que fue llamado en mayo de ese mismo año, a Filiberto de Saboya, que arribó en agosto, y el cardenal Zapata, que llegó de Roma en septiembre<sup>199</sup>.

Se trataba de un grupo heterogéneo, unido por haberse visto marginados del centro del poder durante la privanza de Lerma, y carecían de cualquier voz unida o proyecto concreto. Por ello, pese a que los años que transcurren entre 1618 y 1621 se han caracterizado como los de la privanza de Uceda, esta fue mucho más limitada que la de su padre<sup>200</sup> y, en la parte que nos ocupa, no consiguió dominar la política exterior de la Monarquía: ni logró asiento en el Consejo de Estado ni que prosperase la candidatura del marqués de la Hinojosa para entrar en este organismo<sup>201</sup>. Por ello, el embajador genovés Giovanni Battista Saluzzo resumía su papel en la política exterior en la defensa de su consuegro el duque de Osuna y otros amigos, aprobando por lo demás lo que el Consejo de Estado resolvía<sup>202</sup>. Su principal aliado fue el confesor real Luis de Aliaga, quien en ocasiones mostró tener más ascendiente sobre el Rey que el presunto valido, y en el caso de la política exterior sí que contaba con voz en el Consejo de Estado<sup>203</sup>.

<sup>198</sup> P. WILLIAMS: "Lerma, 1618: Dismissal or Retirement?", *European History Quarterly* 19 (Londres 1989), pp. 307-332.

<sup>199</sup> P. WILLIAMS: "El favorito del Rey...", *op. cit.*, pp. 251-252.

<sup>200</sup> Aunque Uceda servía al Rey como hizo Lerma,

*"non si crede però che potia esercitare la medesima auttorità; essendo inferiore assai al Cardinale non solo di sperienza, ma per aventura anco di capacita et attitudine nei negotiū"* (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 8 de octubre de 1618. ASVe, Dispacci Spagna, filza 50, fol. 39).

<sup>201</sup> F. TOMÁS Y VALIENTE: *Los validos en la monarquía española del siglo XVII: estudio institucional*, Madrid 1982, p. 158, y A. FEROS: *Kingship and Favoritism...*, *op. cit.*, pp. 247-248.

<sup>202</sup> "Relazione di Giovanni Battista Saluzzo", 25 de octubre de 1622, en R. CIASCA: *Istruzioni e relazioni...*, *op. cit.*, II, p. 162. Gritti señalaba asimismo que Uceda no conocía los pormenores básicos de las negociaciones con Venecia, solo que las acusaciones de la República a Osuna eran exageradas y sin fundamento (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 4 de octubre de 1618. ASVe, Dispacci Spagna, filza 50, fol. 38).

<sup>203</sup> B. GARCÍA GARCÍA: "Honra, desengaño y condena de una privanza. La retirada de la corte del Cardenal Duque de Lerma", en *Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Alicante 1997, I, pp. 679-695.

No obstante, su poder tampoco era omnímodo, y en la parcela que tenía reservada, el control de la conciencia regia, fue perdiendo pie progresivamente ante otras figuras, como el franciscano fray Juan de Santa María<sup>204</sup> y el jesuita Jerónimo de Florencia<sup>205</sup>.

¿Quién dirigía, entonces, la política exterior de la Monarquía? La respuesta para estos años parece ser que fue el propio monarca, quien se implicó más directamente en los asuntos y fue el responsable de buena parte de los nombramientos que se hicieron en esos meses clave<sup>206</sup>. Así se produjo el relevo al frente del Consejo de Italia en septiembre de 1618, en el que el conde de Lemos abandonó el poder coincidiendo con la retirada de Lerma y fue sustituido por el conde de Benavente. Aunque este había sido virrey de Nápoles entre 1604 y 1610, después de su mandato quedó viviendo en Valladolid y mantuvo unas relaciones bastante frías con el duque de Lerma<sup>207</sup>.

El regreso de Benavente a la Corte, también con asiento en el Consejo de Estado, reforzó la posición de Zúñiga, que era su sobrino y cuyas familias mantenían muy buenas relaciones<sup>208</sup>. Don Baltasar se había introducido moderadamente en los asuntos de Italia desde su llegada a Madrid, gracias a su experiencia

<sup>204</sup> Era autor de una *Política cristiana* que el Monarca leyó con interés durante el otoño de 1618, contando con la presencia del autor para aclarar sus dudas (M. RIVERO RODRÍGUEZ: “Los consejos territoriales...”, *op. cit.*, p. 429).

<sup>205</sup> El padre Florencia destacó como influyente predicador y por ser el encargado de confortar a Felipe III durante su agonía (A. DE ALMANSA: *Cartas de Andrés de Almansa y Mendoza. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes: 1621-1626*, Madrid 1886, pp. 7-8).

<sup>206</sup> “*Pare nondimeno ch’il Ré anco prima che partisse il Cardinale si dimostrasse, come tuttavia si dimostra più del consueto attento alle cose del governo, e più dipendente da se medesimo la risoluzione di ammettere nel Consiglio di Stato il Sr Cardinal Zappatta, non è pervenuta dal Consiglio, o suggestione di alcuno de suoi, si come anco la elezione fatta nel carico di Presidente del Consiglio d’Italia del Conte di Benevento, il quale esercitò già aperta inimicitia con il Sr Cardinal di Lerma per la qual causa anco si diceva che vivesse lontano dalla Corte*” (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 8 de octubre de 1618. ASVe, Dispacci Spagna, filza 50, fol. 39).

<sup>207</sup> M. RIVERO RODRÍGUEZ: “Los consejos territoriales...”, *op. cit.*, p. 429.

<sup>208</sup> Al menos hasta 1621, cuando Zúñiga y los hijos de Benavente se disputaron los cargos cortesanos del conde (“Discurso de fray Domingo Pimentel a Baltasar de Zúñiga sobre los servicios de Benavente y sus hijos”. BNE, Mss. 6794, fols. 30-32).



en el Imperio en la gestión de las investiduras de feudos. En 1618 se abrió la negociación para hacerse con el señorío de Malgrado, y Zúñiga colaboró en ella junto al regente milanés del Consejo de Italia Girolamo Caimi<sup>209</sup>. Este último personaje va a ser relevante en las conversaciones sobre Italia entre las dos ramas de la Casa de Austria como negociador en las materias de feudos, pues contaba asimismo con la confianza del archiduque Fernando<sup>210</sup>. Asimismo, hay que tener en cuenta que la inestabilidad política que se ha referido para definir la Corte católica tenía unas ramificaciones muy intensas en sus consejos territoriales. El de Italia vivía desde al menos 1615 en una situación muy movедiza y sin una dirección firme, pues reproducía en su interior las disputas por hacerse con el control del poder. Aprovechando esta situación, la Nunciatura cobró una influencia nada desdeñable sobre algunos de sus miembros, manejando sus decisiones en contra de los criterios regios. Por ello, los regentes del Consejo van a funcionar menos como un colegio y más como ministros poderosos y ciertamente desvinculados de su institución, mediadores entre los reinos de los que proceden y la Corte<sup>211</sup>. Este es el caso de Caimi, quien desempeñó, merced a la autoridad ganada por sus muchos años de servicio, un rol de enganche entre los intereses del Imperio y Milán en Madrid, vinculándose desde entonces como hechura de la facción dirigida por Benavente y Zúñiga<sup>212</sup>.

Si esta era la situación en el Consejo de Italia, en el de Estado se asistió a un giro importante en 1618, marcado por el definitivo debate sobre las prioridades estratégicas de la Monarquía. El viejo plan de Lerma de la jornada contra Argel

<sup>209</sup> “Artículos que han hecho el comisario Reck con Zúñiga y el regente Caymo sobre Malgrado”. Madrid, 19 de enero de 1619. HHStA, SpDK, karton 16, fasc. 9, fol. 47, y “Parecer de Baltasar de Zúñiga sobre los despachos que se han de hacer por Malgrado”, 1619. AGS, Estado, leg. 2327, n. 73.

<sup>210</sup> Tanto Caimi como Zúñiga aparecen en la breve lista de personas de confianza para negociar en la corte de Madrid que el archiduque Fernando confió a su nuevo embajador Hernando de Orozco (Graz, abril de 1613. HHStA Familien Akten, 106, fol. 87). Una semblanza del regente en Michele CAFFI: *Della Chiesa di San Eustorgio in Milano*, Milán 1841, pp. 19-21.

<sup>211</sup> M. RIVERO RODRÍGUEZ: “Los consejos territoriales...”, *op. cit.*, pp. 425-434.

<sup>212</sup> En abril de 1621, Zúñiga remitía al embajador francés Bassompierre a negociar la situación de Valtellina con Ciriza y Caimi, “que eran buenas personas, fáciles, estaban en su dependencia y podía responder de ellos” (P. MARRADES: *El camino del Imperio. Notas para el estudio de la cuestión de la Valtelina*, Madrid 1943, p. 75).

estaba en fase de preparación, facilitado por la paz en Italia, cuando un inesperado acontecimiento vino a quebrar la situación: la defenestración de Praga (23 de mayo), que dio comienzo a la rebelión protestante de Bohemia contra su rey el archiduque Fernando y a la Guerra de los Treinta Años <sup>213</sup>. Ante esta emergencia, Lerma siguió insistiendo en que se continuaran los preparativos de la campaña de Argel y que Fernando buscara una forma de llegar a un acuerdo con los rebeldes. Pero la voz que acabó imponiéndose a finales de agosto fue la de Baltasar de Zúñiga y su aliado el duque del Infantado: Felipe III debía socorrer a Fernando con todas sus fuerzas porque del mantenimiento de Bohemia dependía también el de la posición de hegemonía de la Monarquía católica <sup>214</sup>. En un primer momento, Oñate decidió movilizar las tropas que estaban bajo su responsabilidad en Friuli para garantizar el cumplimiento del tratado de Madrid. Pese a la oposición de Lerma, porque esas tropas debían estar licenciadas en julio y no había con qué pagarlas, Zúñiga logró que el Consejo de Estado y el Monarca aprobaran tal iniciativa <sup>215</sup>. Con el paso de este contingente de Friuli a Bohemia quedaron simbólicamente unidos el fin de la guerra los uscoques y el comienzo de la de los Treinta Años. Poco después, en el transcurso del verano de 1618, se acordó el envío de los primeros socorros monetarios, que ascendían a 200.000 escudos. Pese a las quejas del conde de Salazar, presidente del Consejo de Hacienda, porque no existía forma de encontrar ese dinero, la orden regia era inflexible, “pues si por faltar a ello, saliese el Imperio de la casa de Austria, no quedaría en Italia nada seguro” <sup>216</sup>. En 1619, con la muerte del emperador Matías y el ascenso de Fernando al trono imperial, se cerró cualquier

<sup>213</sup> Sigue siendo válido el clásico de Hans STURMBERGER: *Aufstand in Böhmen. Der Beginn des Dreißigjährigen Krieges*, Wien 1959.

<sup>214</sup> El parecer del duque de Infantado y de Zúñiga, que a la postre fue el triunfante, era que:

“en primer lugar se acuda a lo de Alemania con todo lo que se pudiere, pues de asegurar aquello pende la seguridad de Italia y de Flandes, que son los dos pilares principales en que estriba esta Monarquía, y servirá de poco aver ganado a Argel si aquello se perdiese, y no es cosa que tiene duda que Italia correría riesgo si subciese algún desmán en la Empresa” (Consulta del Consejo de Estado. 30 de agosto de 1618. AGS, Estado, leg. 1951, s.f.).

<sup>215</sup> P. BRIGHTWELL: “The Spanish Origins of the Thirty Years’ War”, *European Studies Review* 9 (London 1979), p. 422.

<sup>216</sup> Citado en J. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares*, Barcelona 2004, p. 86.

posibilidad de fin negociado del conflicto. Fue en la primavera de este año cuando la maquinaria bélica de la Monarquía se volcó en apoyo de su pariente, y se mandaron 6000 hombres desde Flandes, y otros tantos desde Nápoles<sup>217</sup>.

En la nueva fase que se abría, Baltasar de Zúñiga adoptó un rol indispensable no solo como voz autorizada en el Consejo de Estado sino además como mediador y favorecedor de los intereses de la familia imperial<sup>218</sup>. Según Lerma iba alejándose del despacho de los asuntos, el embajador Khevenhüller señalaba cómo recurría cada vez más, y con mayor éxito, a la opinión de don Baltasar para avanzar en sus negociaciones<sup>219</sup>. En el caso de la rebelión bohemia, nadie mejor que Zúñiga conocía en Madrid sus gravísimas implicaciones, por lo que, si en la colaboración en la guerra de los uscoques podía parecer más blando su apoyo, en esta ocasión se aplicó con fervor en la causa<sup>220</sup>. Si esta tendencia de acercamiento a los intereses centroeuropeos tuvo éxito no fue, sin embargo, por la influencia de don Baltasar, quien por muy reputado que fuera no era más que un ministro solo. Khevenhüller reconocía que “él es muy aficionado de las cosas de allá, pero no teniendo más que un voto en el consejo, no puede aprovechar otro si no con la buena enformación”<sup>221</sup>. Lo que evidentemente consiguió que este cambio de línea se impusiera fue la voluntad del Rey, quien siempre fue muy sensible a los intereses de su linaje y que, en esta encrucijada en la que comenzaba a tomar personalmente las riendas del poder, perdían peso los consejos de Lerma y lo ganaban los de su tía la infanta Margarita de la Cruz<sup>222</sup>.

<sup>217</sup> P. BRIGHTWELL: “Spain and Bohemia. The Decision to Intervene 1619”, *European Studies Review* 12 (London 1982), pp. 117-141 y E. STRAUB: *Pax et Imperium...*, *op. cit.*, cap. 4.

<sup>218</sup> Christoph Khevenhüller al cardenal Khlesl. Madrid, 17 de enero de 1618. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 12, fol. 48.

<sup>219</sup> Christoph Khevenhüller al cardenal Khlesl. Madrid, 1 de febrero de 1618. HHStA SpDK, karton 15, fasc. 12, fol. 59.

<sup>220</sup> Khevenhüller señalaba en carta al archiduque Maximiliano su gran actividad en conseguir el socorro regio. Madrid, 26 de julio de 1618. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 12, fol. 400.

<sup>221</sup> Christoph Khevenhüller a Leonhard von Meggau. Madrid, 9 de enero de 1618. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 12, fol. 40.

<sup>222</sup> Christoph Khevenhüller al archiduque Fernando. Madrid, 26 de julio de 1618. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 12, fol. 399.

Aunque el esfuerzo bélico en Centroeuropa inaugurado en verano de 1618 iba a ser duradero, ¡nada menos que treinta años!, este giro estratégico tuvo que enfrentarse a dos dificultades fundamentales. Una de origen financiero, pues no era ningún secreto que la Monarquía vivía al borde de la bancarrota y que las reformas financieras introducidas durante el reinado no habían rentado los resultados apetecidos<sup>223</sup>. Si el mantenimiento de las últimas guerras en Italia había exigido un enorme esfuerzo y unas dilaciones en los pagos bastante reseñables, el trasladar las campañas a Bohemia, un escenario ajeno a las áreas tradicionales de las armas hispanas, multiplicaba el problema. La segunda dificultad básica residía en cómo desarbolar el anterior frente de tensiones, el norte de Italia. Esto se complicaba no solo por las dificultades financieras y la posible hostilidad de Saboya y Venecia, sino por la firme línea intervencionista de los ministros regios destacados en la zona. Sus iniciativas, principalmente las de Osuna frente a Venecia y el Imperio otomano, tenían cada vez menos cabida dentro de los nuevos planteamientos de la Corona, y acabar con esto se reveló como un auténtico desafío.

*Italia, ¿las nuevas Indias de la Monarquía católica?*

Para la financiación de las guerras de Monferrato y de los uscoques se había recurrido a los medios habituales: asientos con los banqueros garantizados por distintas rentas regias y sobre todo la llegada de plata de Indias, y el uso de los donativos entregados por las cortes de los distintos reinos<sup>224</sup>. Hemos comprobado que el Consejo de Hacienda se encontraba a la altura de 1618 en una situación total de precariedad económica, y que era muy contrario a embarcarse en nuevos conflictos por la acuciante falta de numerario. Esta situación exigió que se buscaran nuevas fuentes de financiación para mantener los nuevos compromisos.

La Corona de Castilla, tradicional pagana de la política de la Monarquía, se encontraba desde la década de 1590 al límite de su capacidad tributaria, por lo que se miró hacia los virreinos italianos. Su situación tampoco era boyante, pues tenían serias dificultades para atender a sus gastos propios y pagar a

<sup>223</sup> C. J. DE CARLOS MORALES: “Política y finanzas”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M<sup>a</sup> A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, III, pp. 828-866.

<sup>224</sup> Una visión sobre la financiación militar en B. GARCÍA GARCÍA: *La Pax Hispánica...*, *op. cit.*, cap. 6.

la numerosa pléyade de pensionarios y entretenidos de la Corona y mantener los alojamientos militares<sup>225</sup>. Las alarmas del Consejo de Italia apuntaban esta situación desde 1609, y la solución propuesta para atajar el problema fue la venta de rentas particulares<sup>226</sup>. Este remedio, que solo podía ser coyuntural, se convirtió por desgracia en la receta favorita durante las siguientes décadas.

Milán destacó como “plaza de armas de la Monarquía” y tuvo un rol fundamental en la distribución de tropas desde España y Nápoles hacia Flandes y Alemania<sup>227</sup>. Pero su capacidad financiera era bastante inferior a la del reino de Nápoles, que se convirtió, tras Castilla, en el mayor financiador de la Monarquía y en la columna de las “asistencias de Italia”. Hubo un destacable cambio de tendencia en el virreinato bajo el mandato del conde de Lemos (1611-1616). El yerno de Lerma emprendió una reforma fiscal ambiciosa y razonablemente eficaz para contener el déficit del reino y garantizar la existencia de fondos para el pago de tropas con la creación de una caja militar separada<sup>228</sup>. Su sucesor en el cargo y declarado enemigo, el duque de Osuna, deshizo con rapidez el trabajoso equilibrio alcanzado por su multiplicación del gasto y despreocupación en asegurar fuentes de financiación para el mismo<sup>229</sup>. Recurrió especialmente a las contribuciones del Parlamento, que fueron especialmente generosas. Así,

<sup>225</sup> Los problemas en el ducado de Milán para la manutención de las tropas allí destacadas, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Fragmentos de monarquía...*, *op. cit.*, p. 225. En el caso napolitano, la situación adquirió relieves dramáticos en 1618 con la generosa escalada militarista del duque de Osuna, pues se juntaron 12.000 infantes, 20 bajeles y 2.000 marineros. El virrey tuvo que escribir a los *seggi* de Nápoles el 9 de septiembre de 1618 para comunicarles que ya que no había dinero para socorrerlos y que habían de encontrar medios para alojarles (CODOIN 47, p. 73; ver también F. BENIGNO: *La sombra del rey...*, *op. cit.*, p. 91).

<sup>226</sup> Consulta del Consejo de Estado. 16 de marzo de 1609. AGS, Estado, leg. 1900, n. 124.

<sup>227</sup> L. RIBOT: “Milán, Plaza de Armas de la Monarquía”, *Investigaciones Históricas* 10 (1990), pp. 203-213 y G. SIGNOROTTO: *Milán español: guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*, Madrid 2006.

<sup>228</sup> Además del resumen ofrecido en B. GARCÍA GARCÍA: *La Pax Hispánica...*, *op. cit.*, cap. 8.3, el estudio clásico para esta materia es el de G. GALASSO: “Las reformas del conde de Lemos y las finanzas napolitanas en la primera mitad del siglo XVII”, en G. GALASSO: *En la periferia del imperio. La monarquía hispánica y el Reino de Nápoles*, Barcelona 2000, pp. 154-186.

<sup>229</sup> G. GALASSO: “Las reformas del conde de Lemos...”, *op. cit.*, p. 182.

el de 1616-1617 acordó pagar la nada desdeñable cifra de 1.200.000 ducados en dos años <sup>230</sup>.

No obstante, Lemos mantuvo cierto poder para mantener su política de moderación en las exigencias económicas a los virreinos italianos desde su puesto de presidente del Consejo de Italia. Pero a su caída en septiembre de 1617 le sucedió el conde de Benavente, quien había sido también virrey de Nápoles pero cuyas preferencias se alejaban de la prudencia económica del de Lemos. Responsabilidad suya es un cambio de tendencia definitivo en el Consejo de Italia, que pasó a desempeñar una mayor función económica, pues los virreinos de la península apenina se utilizaron como base fiscal para las campañas de la Monarquía como nunca antes lo habían sido. Tal fue la especialización en esta materia que el Consejo llegó a tener fricciones con la Contaduría Mayor de Cuentas por la fiscalización de los gastos <sup>231</sup>. Para el caso de Nápoles, Rosario Villari aprecia este giro y lo achacó a que

ya no era una pieza clave en el sistema político-militar del Mediterráneo, sino una especie de reserva económica y base de abastecimiento para las guerras que España libraba en el continente <sup>232</sup>.

La principal iniciativa al respecto, que se puede contar como el más inmediato antecedente de la conocida “Unión de Reinos” de Olivares, fue el plan de millones de 1619 para pagar la guerra de Bohemia <sup>233</sup>. El Consejo de Italia calculó que podían obtenerse un millón de ducados de cada uno de los tres reinos (Nápoles, Sicilia y Milán) en el plazo de dos años, medida que fue después prorrogada. Se hicieron cálculos lo más precisos posibles para garantizar la recaudación de este montante, y por ello se promulgaron las conocidas ordenanzas de junio de 1619 (completadas en 1620) sobre el *bilancio* de los reinos de Italia, las cuales estuvieron en vigor hasta finales del siglo XVII. El Consejo exigía que desde cada virreinato se enviara dos *bilancias* (presupuestos) al año, uno al comienzo con la previsión de ingresos y gastos y otro al final con lo que efectivamente se había empleado <sup>234</sup>. Rara vez se cumplieron estos planes, y se fueron

<sup>230</sup> F. BENIGNO: *La sombra del rey...*, *op. cit.*, p. 90.

<sup>231</sup> Consulta del Consejo de Estado. 20 de agosto de 1622. AHN, Estado, lib. 737, fol. 67.

<sup>232</sup> R. VILLARI: *La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1595-1647)*, Madrid 1979, p. 125.

<sup>233</sup> B. CHUDоба: *España y el Imperio*, Madrid 1986, p. 188.

<sup>234</sup> G. GALASSO: “Las reformas del conde de Lemos...”, *op. cit.*, p. 157.

sucediendo las quejas desde el Consejo por la tardanza en remitir esta documentación y por la sensación de desconocer la situación hacendística real <sup>235</sup>.

El plan de Benavente exigía para su cumplimiento el ahorro de muchos gastos ordinarios de defensa de los virreinos, sobre todo los navales. Sicilia tuvo que renunciar a sus galeones por no poderse mantener, y a Nápoles se recomendó que las galeras fueran varadas para que no hicieran gasto y que la Corte del Reino no comprara más galeones <sup>236</sup>. Pero sobre todo hubo de recurrirse a la venta de oficios y rentas del Patrimonio Real y a la concesión de privilegios a cambio de donativos para reunir una cantidad tan ingente. En el caso de Sicilia, la vieja nobleza de la isla solo fue capaz de copar una tercera parte de estos feudos y cargos puestos a la venta, que fueron a parar mayoritariamente a hombres de negocios foráneos y en menor medida a ciudadanos acomodados y togados <sup>237</sup>. Fue también la ocasión para que la ciudad comercial de Messina reclamara nuevos privilegios frente al predominio de la capital, Palermo, y de la nobleza agraria allí asentada. Contra el parecer de la magistratura del Reino, y a espaldas del virrey conde de Castro, el Consejo de Italia estableció negociaciones con la ciudad del estrecho para que el Rey la hiciera nuevas concesiones a cambio de un donativo de 150.000 escudos <sup>238</sup>.

Los fondos reunidos tenían que ser enviados a Génova, donde el embajador español, en contacto con los banqueros locales, se encargaría de colocarlo en Alemania y Flandes <sup>239</sup>. Las dilaciones y dificultades fueron muy grandes,

<sup>235</sup> Consulta del Consejo de Italia. Madrid, 6 de julio de 1621. AGS, SP, 996, s.f., y el cardenal Zapata a Antonio de Aróstegui. Nápoles, 20 de julio de 1621. AGS, Estado, leg. 1883, n. 323.

<sup>236</sup> Pensaba comprar diez galeones al duque de Osuna, que había formado una flota corsaria personal, pero Benavente les ordenó que solo adquirieran seis de ellos (Consulta del Consejo de Estado. 21 de enero de 1620. AGS, Estado, leg. 1883, n. 273).

<sup>237</sup> Maurice AYMARD: "I genovesi e la Sicilia durante la guerra dei Trent'anni: Bilancio d'una lunga crisi finanziaria", *Rivista storica italiana* 84.4 (Roma 1972), p. 988, y V. SCIUTTI ROSSI: *Astrea in Sicilia*, Palermo 1982, pp. 230-232.

<sup>238</sup> Consultas del Consejo de Italia de *post* 18 de abril y de 23 de abril y 14 de agosto de 1621. AGS, SP, 1384 y 996, s.f., respectivamente.

<sup>239</sup> Consulta del Consejo de Estado. 10 de noviembre de 1620. AGS, Estado, leg. 3478, n. 29. No prosperó la propuesta del consejero de Estado Agustín Mesía para que los dineros de Sicilia y Nápoles se remitieran a la feria de Piacenza para que se beneficiara (Consulta del Consejo de Estado. 21 de enero de 1620. AGS, Estado, leg. 1883, n. 273).

junto a la habitual resistencia de los virreyes a perder el patrimonio de los reinos, que estaba bajo su control. Lo que permitió, según avanzaba la década de 1620, fue revitalizar el papel del Consejo de Italia, que de este modo adquirió una plataforma de poder muy interesante y la capacidad de puentear y controlar a los virreyes gracias a establecer contactos directos con la magistratura y elites locales.

### *La caída de los “procónsules”*

Sin embargo, no fue en modo alguno automático conseguir que los ministros en Italia renunciaran a iniciativas autónomas y se concienciaran de las nuevas estrategias de la Monarquía. Pese a que Lerma había logrado imponer en septiembre de 1617 las paces para las guerras mantenidas con Saboya y Venecia, los “procónsules” criticaron abiertamente una decisión que interpretaron como claudicación cuando se estaba tan cerca de recuperar la reputación de la Monarquía católica a sus más altas cotas<sup>240</sup>. Y ante la preocupación de la Corte de Madrid, entre finales de 1617 y comienzos de 1618 se reabrió la guerra en Gradisca, Villafranca se negó a restituir Vercelli y Osuna continuó sus campañas adriáticas contra Venecia. Vista en perspectiva, la desarticulación del “triunvirato italiano” de Villafranca, Osuna y Bedmar fue un proceso lento y discontinuo, en el que la correlación de fuerzas fue cambiante pero en el que a la postre se impusieron las posiciones proclives a la paz de Italia.

El acontecimiento que precipitó el comienzo del final de esta alianza de ministros fue un episodio tan novelesco como aun irresoluto: la Conjuración de Venecia<sup>241</sup>. Esta fue descubierta el 19 de mayo de 1618 con la captura de unos aventureros franceses que habían estado al servicio de España. Se acusó al duque de Osuna y al marqués de Bedmar de ser los cabecillas de un ambicioso plan para desestabilizar a la República y permitir que la ciudad fuera conquistada por la flota de Osuna. Fuera o no cierta la amenaza, los venecianos la aprovecharon para exigir la retirada de Bedmar como embajador por la total

<sup>240</sup> Consultas del Consejo de Estado de 14 de noviembre y 29 de diciembre de 1617 y 1 de enero de 1618, *CODOIN* 46, pp. 189, 263 y 267.

<sup>241</sup> A. MANSAU: “1618: ¿Conjuración de los españoles contra Venecia o Venecia contra los españoles? Sarpi frente a Quevedo y Monod”, en G. BELLINI (dir.): *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Roma 1982, pp. 725-732.



desconfianza que inspiraba <sup>242</sup>. Se accedió a tal novedad, por primera vez en una situación semejante, pues la consigna de la Monarquía pasaba siempre por defender a sus ministros de toda acusación para que no se pusiera en entredicho la reputación <sup>243</sup>. Con ello se pretendía ofrecer un gesto de buena disposición y la imagen de que ni el Rey ni su entorno estaban al corriente ni apoyaban las veleidades de Osuna. El Consejo de Estado había tomado para entonces ya como doctrina la postura de Zúñiga, según la cual no merecía la pena seguir la guerra encubierta en el Adriático ni era relevante discutir la preeminencia veneciana en este mar <sup>244</sup>.

Bedmar fue retirado de Venecia con el pretexto de destinarle a la embajada en los Países Bajos, lo cual significaba un ascenso. Por su parte, el marqués de Villafranca, que había sido también involucrado en los sucesos, se encontraba a punto de regresar a la Península al haber acabado su mandato en Milán. Pero dadas las críticas circunstancias, se ofreció a permanecer en Italia con algún cargo militar, y censuró la salida de Bedmar y la suya propia como muestra de desreputación <sup>245</sup>. Sin embargo, su actitud militante evolucionó con rapidez a su vuelta a Madrid.

Osuna quedó solo como representante de la línea más intervencionista en Italia, y hasta su relevo en 1620 protagonizó las escenas más tensas en las relaciones entre las cortes de Madrid y Nápoles. Las presas que estaba realizando sobre naves venecianas causaban un serio problema diplomático, porque eran un acto evidente de mala voluntad y podía ser un *casus belli* suficiente. Ante las dilaciones de Osuna por poner una solución, Benavente y Zúñiga promovieron en el Consejo de Estado que esta negociación la emprendiera en Roma el cardenal Borja, pariente y hombre de confianza de ambos, con el embajador veneciano

<sup>242</sup> En Madrid estaba previsto desde comienzos de 1617 que pasara como embajador a Flandes y dejara su puesto a Jorge de Mendoza, para facilitar las negociaciones de paz y mejorar las relaciones con Venecia (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 1 de abril de 1617. ASVe, Dispacci Spagna, filza 49, fol. 5).

<sup>243</sup> “En España antes pierden un reino que desautorizan un ministro” (El marqués de Castiglione a Rodolfo II. Madrid, 15 de noviembre de 1611. HHStA, SpDK, karton 13, fasc. 15, fols. 127r-127v).

<sup>244</sup> Consulta del Consejo de Estado. 10 de febrero de 1618, *CODOIN* 46, pp. 277-282.

<sup>245</sup> El marqués de Villafranca a Antonio de Aróstegui. Milán, 16 de julio de 1618, *CODOIN* 96, pp. 371-372.

en la corte papal <sup>246</sup>. Frente a las dificultades que ponía el virrey napolitano, Borja consiguió llegar a un acuerdo amistoso en esta cuestión, pero Osuna entretuvo al secretario del cardenal, Saavedra Fajardo, y no ejecutó lo acordado <sup>247</sup>. El Consejo de Estado se sintió de esta actitud, porque animaba a Venecia a tomar represalias en un contexto muy contrario por el inicio de la guerra en Bohemia y la falta de defensas en Milán y Friuli <sup>248</sup>. Villafranca, que acababa de regresar del gobierno de Milán y tenía plaza en el Consejo de Estado, fue el primero en reprobear esta actitud, mostrando que su preocupación era garantizar el orden español en el norte de Italia y no las provocaciones gratuitas de Osuna, por muy “reputacionistas” que pudieran parecer <sup>249</sup>.

La defección de Villafranca fue un claro revés para Osuna, pero uno de los principales campos a los que debía atender era a Roma. El papa Paulo V no se mostraba proclive a la línea política del duque, marcada por un jurisdiccionalismo en la más dura tradición española y con gestos de espiritualidad muy alejados de la sensibilidad romana, como es su énfasis en el dogma de la Inmaculada <sup>250</sup>. Por su parte la representación diplomática española ante el Pontificado se encontraba en una situación de interinidad, porque se esperaba

<sup>246</sup> El embajador veneciano señalaba que esta operación representaba un choque del Consejo de Estado, dirigido por Zúñiga y mayoritariamente en contra de Osuna, frente a Uceda. El propio Zúñiga le reconoció que esta novedad era idea suya y un acto de buena voluntad para llegar a un acuerdo con la República de San Marcos y bloquear los intentos de Osuna (Piero Gritti al Senado de Venecia. Madrid, 18 de octubre y 3 de noviembre de 1618. ASVe, Dispacci Spagna, filza 50, n. 40 y 44).

<sup>247</sup> Consulta del Consejo de Estado. 2 de marzo de 1619. AGS, Estado, leg. 1868, n. 32, fol. 1v.

<sup>248</sup> Temía Villafranca que Venecia, “en el gobierno que tiene agora de moços precipitados que predominan se puede esperar que se estenderan las represallas a lo del Friuli” (*Ibidem*, fol. 2).

<sup>249</sup> La restitución de las mercancías arrebatadas a los venecianos no se realizó hasta octubre de 1622, después de innumerables dificultades (Alvise Cornaro al Senado de Venecia. Madrid, 20 de octubre de 1622. ASVe, Dispacci Spagna, filza 56, n. 167).

<sup>250</sup> J. CLIFTON: “Mattia Pretti’s Frescoes for the City Gates of Naples”, *The Art Bulletin* 76.3 (1994), pp. 486-491. Para Osuna preparó Quevedo sus “Comentarios a la carta de Fernando el Católico al duque de Ribagorza”, que abogaba por la total preeminencia del poder político sobre consideraciones religiosas (C. PERAITA: *Quevedo y el joven Felipe IV. El príncipe cristiano y el arte del consejo*, Kassel 1997, pp. 47-67).

en 1617 que Baltasar de Zúñiga se hiciera cargo de la embajada. Como esto no fue así, tuvo que hacerlo el cardenal Borja, pariente del anterior. Se trataba del único cardenal español que residía en Roma, porque Zapata había sido llamado a la Corte en septiembre de 1617 y ocupaba un lugar en el Consejo de Estado<sup>251</sup>. Ambos mantenían una pésima relación personal, y además se encontraban en campos opuestos dentro del tablero político, porque Borja estaba aliado con Zúñiga y Benavente mientras Zapata era un hombre del duque de Uceda, lo cual tendrá bastante relevancia en lo venidero.

Donde más fuerte fue la oposición a Osuna fue en la propia Nápoles, conformada por un potente grupo nobiliario en torno al príncipe de Vietri y la poderosa magistratura del Reino<sup>252</sup>. A este sentido fue clave el envío de un embajador ante Felipe III que presentara las quejas de sus vasallos napolitanos. La elección del representante no pudo ser más acertada, fray Lorenzo de Brindisi, luego canonizado, y cuyo carisma ante el Rey se pudo comprobar en 1610, cuando le convenció para intervenir en la Liga Católica del Imperio<sup>253</sup>. El fraile capuchino tuvo que enfrentarse a todos los intentos de Osuna por impedir su misión, ya que era muy crítica con su gestión del reino. Pero el Consejo de Italia, presidido por Benavente, autorizó su venida a la Corte, que se efectuó en julio de 1619<sup>254</sup>. El Rey se encontraba entonces en Lisboa, y fray Lorenzo fue alojado por el marqués de Villafranca, quien escenificó así su definitiva ruptura

<sup>251</sup> S. GIORDANO: “Gaspar Borja y Velasco, rappresentante de Filippo III a Roma”, *Roma moderna e contemporanea* 15 (Roma 2007), pp. 157-185.

<sup>252</sup> F. BENIGNO: *La sombra del rey...*, *op. cit.*, pp. 91-97, y M. PEYTAVIN: *Visite et gouvernement dans le royaume de Naples, XVIe-XVIIe siècles*, Madrid 2003, pp. 324-331.

<sup>253</sup> Mientras el embajador Zúñiga planteaba como fin último garantizar la sucesión de Matías en el Imperio, Brindisi pintó al Monarca un panorama sombrío en el que, si los católicos del Imperio no eran ayudados con fuerza, se perdería Flandes, Italia sería atacada por los herejes y los turcos volverían a cobrar toda Hungría (Fray Lorenço de Brindiz al Rey, s.f. AGS, Estado, leg. 709, n. 57. A. DA CARMIGNANO: *Mission diplomatique de Laurent de Brindis auprès de Philippe III en faveur de la Ligue catholique allemande* [1609], Padoue 1964).

<sup>254</sup> Las discusiones se pueden seguir en CODOIN 47, pp. 69-87 y Piero Contarini al Senado de Venecia. Madrid, 27 de marzo de 1619. ASVe, Dispacci Spagna, filza 51, n. 13. Desde la orden de 1600, Felipe III había dejado claro que los virreyes no podían evitar el envío de embajadas a la Corte para “quejarse de ellos”, pues era prerrogativa del Rey poder escuchar directamente a sus vasallos (R. VILLARI: *La revuelta antiespañola en Nápoles...*, *op. cit.*, pp. 26-27).

con Osuna<sup>255</sup>. La embajada fue un éxito porque el Rey ordenó que se iniciara una investigación contra el duque<sup>256</sup>. No debió ser ajeno a este giro de timón la debilidad de la posición de Uceda durante el viaje a Portugal, donde Zúñiga consiguió el puesto de ayo del príncipe y la Encomienda Mayor de León de la Orden de Santiago<sup>257</sup>.

El virrey de Nápoles se convirtió en el símbolo del régimen de Uceda y sus excesos, y fue uno de los aglutinantes de la heterogénea pero poderosa facción rival levantada en la Corte, un grupo cuyos protagonistas han sido tradicionalmente metidos en el mismo saco “reputacionista” que su presa<sup>258</sup>. Pero la radical política antiveneciana del virrey era vista con precaución en la Corte por parte de personalidades con una visión más septentrional, que temían que esto abocara a la República de San Marcos a reforzar su alianza con el Palatinado y las Provincias Unidas y se trasladase a suelo italiano la Guerra de los Treinta Años<sup>259</sup>.

### *Un “finale” napolitano e imperial*

A finales de 1620 y comienzos de 1621 el cerco contra Osuna se cerraba y su situación en Nápoles era muy frágil. La solución que se concertó fue llamar al

<sup>255</sup> San Lorenzo de Brindisi falleció en el transcurso de su misión a Lisboa, el 22 de julio de 1619. Villafranca ordenó que su cadáver fuera embalsamado y trasladado al convento de franciscanas descalzas que había fundado en Villafranca del Bierzo, donde aún se encuentra su sepulcro. *Vide* I. DA MILANO, OFM: “L’ultima missione di San Lorenzo in difesa del Regno di Napoli (1618-1619)”, *Collectanea Franciscana* 39 (Roma 1959), pp. 273-361.

<sup>256</sup> G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Historia de la vida y hechos del inclito monarca, amado y santo D. Felipe tercero*, Madrid 1771, p. 229.

<sup>257</sup> G. DE CÉSPEDES Y MENESES: *Primera parte de la historia de D. Felipe el IIII. Rey de las Españas*, Lisboa 1631, p. 16 y “Relaciones y cartas de 1618 a 1621”, BNE, Mss. 17858, fol. 12. Zúñiga comentaba a su amigo el conde de Gondomar que el Rey le reclamaba para acompañarle a visitar conventos (Lisboa, 28 de septiembre de 1619. BP, II/2140, fol. 44v).

<sup>258</sup> Entre sus opositores en la Corte hay que mencionar especialmente a Filiberto de Saboya, quien como capitán general de la mar tenía constantes fricciones con la armada de Osuna (Consulta del Consejo de Estado. 30 de enero de 1620. AGS, Estado, leg. 3478, n. 1). Se apoyó para ello en su eficaz red de contactos en la magistratura napolitana, entre los que destacó Lelio Brancaccio (F. BENIGNO: *La sombra del rey...*, *op. cit.*, p. 101).

<sup>259</sup> Consulta del Consejo de Estado. 16 de julio de 1618, *CODOIN* 46, p. 480.

virrey a Madrid para que se defendiera de los cargos vertidos en su contra y que mientras tanto el cardenal Borja, su acérrimo opositor, ocupara su cargo con carácter interino<sup>260</sup>. Mientras este esperaba la salida de Osuna de Nápoles, el duque retrasaba su marcha aduciendo distintas excusas; a la vez, la capital vivía al borde del motín por la crisis de autoridad. Finalmente Borja, en connivencia con algunas autoridades del reino, entró secretamente en la noche del 4 de junio de 1620 en la capital y se hizo jurar virrey por los representantes napolitanos en el Castelnuovo. Ante el golpe de mano, Osuna se vio compelido a abandonar la ciudad ese mismo día<sup>261</sup>.

Por paradójico que pudiera parecer, uno de los últimos defensores que le quedó al duque fue Fernando II<sup>262</sup>, quien no olvidaba los buenos servicios que le había prestado en el Adriático durante la pasada guerra contra Venecia<sup>263</sup>. Aunque el Emperador no contaba con un embajador en Nápoles, le servía de interlocutor en el virreinato Alessandro Ridolfi, marqués de Baselice. Este personaje había sido uno de los hombres de confianza de Matías durante las disputas con Rodolfo II y embajador extraordinario en Roma y Madrid<sup>264</sup>. Gracias a ello había obtenido la merced de caballero de Santiago, y retirado a Nápoles, seguía moviéndose al servicio de las distintas ramas de la dinastía<sup>265</sup>. Fue él quien, una

<sup>260</sup> El embajador veneciano en Madrid, Contarini, recogió con vivacidad las discusiones en la Corte hasta llegar a esta decisión. Uceda se oponía frontalmente a su destitución y pedía que la reputación de Osuna no fuera atacada, mientras Benavente le aseguraba que nada más se podía hacer y el Consejo de Estado le apoyaba en la reclamación de que regresara a España (Piero Contarini al Senado de Venecia. Madrid, 5 de febrero de 1620. ASVe, Dispacci Spagna, filza 51, n. 72).

<sup>261</sup> L. M. LINDE: *Don Pedro Girón...*, *op. cit.*, p. 194.

<sup>262</sup> G. DE CÉSPEDES Y MENESES: *Primera parte de la historia de D. Felipe el IIII...*, *op. cit.*, p. 78.

<sup>263</sup> El archiduque Fernando al duque de Osuna. Graz, 28 de abril de 1617, *CODOIN* 46, pp. 18-19 y Christoph Khevenhüller al duque de Osuna. Madrid, 8 de agosto de 1617. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 11, fol. 194.

<sup>264</sup> El azaroso proceso hasta que fue reconocido embajador en Madrid, en consulta del Consejo de Estado de 14 de enero de 1609. AGS, Estado, leg. 2323 n. 70.

<sup>265</sup> Pese a la insistencia de Matías en que se concediera alguna merced a Ridolfi, esta solo llegó en forma de hábito tras la recomendación de Zúñiga, quien señaló que el florentino acudía muy bien a los asuntos del Rey Católico en el entorno de Matías (Consulta del Consejo de Estado. 21 de junio de 1611. AGS, Estado, leg. 709, n. 177).

vez conocida la noticia de la Defenestración de Praga, hizo oficios ante Osuna para que se atacara a Venecia si se descubría su implicación en la revuelta bohemia<sup>266</sup>. Según parece, el virrey no tomó con mala voluntad esta posibilidad.

La defensa del ministro caído en desgracia se convirtió a la larga en un inconveniente para Fernando. El cardenal Borja, su sucesor en Nápoles, se mostró muy dolido por las maniobras del Emperador, que indirectamente redundaban en su contra, y lo hizo saber a Ridolfi. Este temió un enfriamiento de relaciones en una coyuntura tan perjudicial, porque de Nápoles dependía buena parte del socorro que Fernando recibía<sup>267</sup>. Pero Borja era uno de los puntales de la incipiente facción de Zúñiga-Benavente-Olivares, y demostró con hechos su buena disposición a ayudar a las guerras del Imperio. La defensa de Osuna fue abandonada en este nuevo contexto, e incluso se le criticó su política independiente, en la que retrasó el envío de tropas a Alemania por sus intereses particulares y mostró “*che non solo non hebbe nessuno timore di Dio, ma ne meno rispetto al suo Re et al beneficio de suoi sudditi*”<sup>268</sup>.

La suerte del cardenal en Nápoles fue breve, porque en un giro político que merece una profunda investigación, el triunfo de los contrarios a Osuna se apagó y en las relaciones con Italia se hizo sentir una “reacción ucedista”. Esto se ha puesto en relación con la llegada de Osuna a El Escorial en septiembre de 1620 y el excelente recibimiento que le ofreció Felipe III<sup>269</sup>. El gobierno interino de Borja fue criticado con aspereza, y se decidió enviar al cardenal Zapata para sustituirle. De nuevo un gran prelado, pero en esta ocasión más cercano al duque de Uceda<sup>270</sup>. La embajada de Roma, mientras tanto, estaba ocupada por el duque de Alburquerque, que era cuñado del de Uceda<sup>271</sup>. Muestra de este

<sup>266</sup> Alessandro Ridolfi a Matías I. Nápoles, 26 de junio de 1618. HHStA, SpDK, karton 15, fasc. 4, fol. 13.

<sup>267</sup> Alessandro Ridolfi a Fernando II. Nápoles, 23 de junio de 1620. HHStA, SpDK, karton 16, fasc. 2, fol. 13.

<sup>268</sup> El conde Orazio Turriani a Fernando II. Nápoles, 22 de mayo de 1621. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 4, fol. 54.

<sup>269</sup> F. BENIGNO: *La sombra del rey...*, *op. cit.*, pp. 102-103.

<sup>270</sup> Zapata ofreció a su llegada a Nápoles una visión muy negativa de cómo se había hecho Borja con el control del virreinato, dibujándole como ambicioso e irresponsable (El cardenal Zapata a Felipe III. Nápoles, 25 de enero de 1621. AGS, Estado, leg. 1883, n. 336).

<sup>271</sup> S. GIORDANO: “Gaspar Borja y Velasco...”, *op. cit.*, p. 172.

relativo fracaso fue la suerte que corrió el almirante Octavio de Aragón, que abandonó a Osuna en Marsella siguiendo órdenes de Borja<sup>272</sup> y fue encarcelado por su acción en un castillo siciliano. No fue liberado hasta comienzos del reinado de Felipe IV<sup>273</sup>.

El Emperador se adaptó mejor a la relación con el cardenal Zapata que con Borja, quien no entró con muy buen pie. Las relaciones entre la Corte imperial y la de Nápoles se habían incrementado notablemente a cuenta del nuevo papel del virreinato como base militar para Bohemia. Esto llevó a que el virreinato entrara dentro de las áreas de interés de Fernando II y fuera organizándose una red incipiente para defender dichos intereses. Además del mencionado Ridolfi, destacó el conde Orazio Turriani, otro de estos personajes mediadores, pues era capellán de Felipe III, viejo servidor del conde de Lemos y devoto del emperador Fernando. Turriani encabezó el sector de la nobleza napolitana satisfecho con el gobierno de Zapata, y pidió al Emperador que presionara en la Corte católica para que no fuera relevado<sup>274</sup>.

Sus temores eran justificados, pues se producían en la primavera de 1621, poco después de conocerse la noticia de la muerte de Felipe III. Con su hijo Felipe IV se produjo una completa mudanza cortesana, en la que Baltasar de Zúñiga y su sobrino el conde de Olivares pasaron a ocupar la privanza del joven rey<sup>275</sup>. El principal ministro español proimperial se veía encaramado a lo más alto del poder, lo cual fue inmediatamente celebrado en Viena<sup>276</sup>. Pero las necesidades

<sup>272</sup> Tras una travesía por el Tirreno en la que el duque se detuvo largamente en diversas plazas, especialmente Génova y Marsella, organizando fiestas espléndidas y realizando escandalosos dispendios, su almirante, Octavio de Aragón, embarcó secretamente con la mayoría de las naves, dejó el equipaje de Osuna en Cadaqués y regresó a Nápoles como era su obligación (D. DUQUE DE ESTRADA: *Comentarios del desengañado de sí mismo: vida del mismo autor*, Madrid 1983 [escrito ca. 1645], p. 261).

<sup>273</sup> Las consultas sobre esta materia en AGS, SP, Sic. 996, s.f. En la de 29 de julio de 1621 se ordenaba su liberación, asegurando que era una demostración crucial en los nuevos tiempos.

<sup>274</sup> El conde Orazio Turriani a Fernando II. Nápoles, 22 de mayo de 1621. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 4, fol. 54.

<sup>275</sup> Por su carácter incisivo e inmediatez, uno de los mejores relatos de esta transición la ofrece F. DE QUEVEDO: *Grandes anales de quince días*, Madrid 1621.

<sup>276</sup> Fernando II a Baltasar de Zúñiga. Viena, 2 de mayo de 1621. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 4, fol. 44.

de Fernando II crecían al hilo de sus compromisos bélicos, y buscó cauces propios de acción política en su relación con Italia. Paola Volpini ha señalado la creciente importancia de Milán como plaza de negociación para los príncipes italianos en lugar de Madrid, y simultáneamente la de Viena, con redes de contacto propias entre los potentados y el Emperador<sup>277</sup>. En el caso napolitano, la interrelación fue lo suficientemente fuerte como para que se decidiera diputar allí un embajador ordinario. El elegido fue Carlo Tocco, conde de Monteaperto, gracias a la recomendación del conde Orazio Turriani<sup>278</sup>. La nobleza napolitana, conocedora de la excelente sintonía existente entre Fernando II y Baltasar de Zúñiga, recurrieron desde 1621 a la intercesión imperial para conseguir gracias y mercedes de la Corte de Madrid. De este modo comenzó el Emperador a trazar una red de nobles aficionados en el sur de Italia, que fue creciendo y revelándose útil en los años siguientes<sup>279</sup>.

Sin embargo estas novedades nos introducen en un territorio distinto, el del reinado de Felipe IV, en el que se desarrollaron nuevas dinámicas, aunque muchas estaban anunciadas en las postrimerías del reinado anterior. La conversión de Italia en espacio pacificado y en mera base de exacción para el norte de Europa no había culminado, como se encargaría de demostrar la compleja cuestión de la Valtellina. De nuevo un gobernador de Milán, el duque de Feria, contradecía las inclinaciones a favor de la quietud de Italia del principal ministro, en esta ocasión Baltasar de Zúñiga, mientras que un sector poderoso de la corte sí apoyaba sus iniciativas y permitía que se mantuvieran vivas<sup>280</sup>.

<sup>277</sup> P. VOLPINI: "Toscana y España...", *op. cit.*, p. 1145.

<sup>278</sup> El conde Orazio Turriani a Fernando II. Nápoles, 11 de junio de 1621. HHStA, SpV, karton 5, fasc. b, fol. 13.

<sup>279</sup> Por poner solo dos ejemplos, Fernando II recomendó a Zúñiga al marqués de Grana para prefecto de los regimientos de Nápoles y Felice di Gennaro se postuló al Emperador para que le hicieran regente por Nápoles del Consejo de Italia (Fernando II a Baltasar de Zúñiga. Viena, 16 de marzo de 1622. HHStA, SpHK, karton 3, fasc. 5, fol. 61, y Felice di Gennaro a Fernando II. Nápoles, 14 de septiembre de 1622. HHStA, SpV, karton 5, fasc. b, fol. 111).

<sup>280</sup> Entre ellos estaban figuras del relieve del conde de Benavente o el duque del Infantado (Alvise Cornaro al Senado de Venecia. Madrid, 31 de agosto de 1621. ASVe, Dispacci Spagna, filza 54, n. 85). Para una visión actualizada de este apasionante conflicto contamos con la colección de estudios editados por A. BORROMEO (ed.): *La Valtellina crocevia dell'Europa...*, *op. cit.*



A pesar de ello, los cambios que se habían operado en la Monarquía hispana en los últimos años eran más que patentes. Si en el siglo XVI se planteó con seriedad el dilema de mantener antes Milán o los Países Bajos en dos ocasiones (las décadas de 1540 y 1580)<sup>281</sup>, a estas alturas del siglo XVII ambos territorios se habían convertido en partes indisolubles del cuerpo de la Monarquía y de su sistema hegemónico. Felipe II había destacado por una política patrimonialista, que a partir de 1580 podemos definir como de seguridad, poniendo como primera premisa la conservación de sus enormes posesiones<sup>282</sup>. Pero el cambio que se operó bajo el reinado de su hijo Felipe III no puede ser caracterizado como un mero intermedio pacifista que se ve quebrado con un nuevo giro belicista a partir de 1618. Y es que lo que ocurre a partir de estos años, “la última ofensiva europea de los Austrias madrileños”, en palabras de José Alcalá-Zamora<sup>283</sup>, no representó un intento de retorno sin más a los planteamientos de Felipe II.

Mientras el Rey Prudente se negó hasta en su lecho de muerte a acceder a los ruegos del Emperador y del Papa para intervenir en la Larga guerra de Hungría contra los turcos<sup>284</sup>, su hijo caracterizó el “nuevo imperialismo” de las pos-trimerías de su reinado con un planteamiento fuertemente dinástico y confesional<sup>285</sup>. Con la anteposición de las necesidades de su familia y de la ortodoxia católica, entró en un gran proyecto hegemónico de nuevo cuño, el “Diacatholicon” de la Casa de Austria que dijera Sarpi. Hemos utilizado como hilo conductor básico de esta historia a su ministro Baltasar de Zúñiga, que ejemplarizó las sensibilidades de una nueva generación más allá de oposiciones entre

<sup>281</sup> F. CHABOD: “¿Milán o los Países Bajos? Las discusiones sobre la 'alternativa' de 1544”, en su *Carlos V y su imperio*, Madrid 1992. En la década de 1580 se planteó cuando Felipe II propuso cambiar al duque de Saboya sus estados por los Países Bajos durante las negociaciones de la boda de la infanta Catalina (E. SPIVAKOVSKI: “Prólogo” a *Felipe II. Epistolario familiar: cartas a su hija, la infanta doña Catalina, 1585-1596*, Madrid 1975).

<sup>282</sup> M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La España del Quijote*, Madrid 2005, p. 422.

<sup>283</sup> J. ALCALÁ ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO: *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1648). La última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Barcelona 1975.

<sup>284</sup> J. P. NIEDERKORN: *Die europäischen Mächte und der "Lange Türkenkrieg" Kaiser Rudolfs II. (1593-1606)*, Wien 1993, pp. 189-213

<sup>285</sup> La tesis de que a los príncipes de la Casa de Austria nada les importaba más que la propia Casa de Austria es el *leitmotiv* de L. HÖBELT: *Ferdinand III. Friedenskaiser wider Willen*, Graz 2008.

“reputacionismo” y “pacifismo”, o “castellanismo” y “papismo”<sup>286</sup>. El problema de la Monarquía era de conservación, no solo de sus territorios o su prestigio, sino de las dos señas de identidad que lo articulaban y le daban vida: la dinastía y el catolicismo. Italia, donde estaba la sede del Papado, las “plazas de armas” de la Monarquía católica y los feudos del Imperio, fue un catalizador dentro de esta nueva alianza dinástica, en la que la cuestión de las investiduras mostró la mayor interrelación entre ambas ramas de la dinastía y las crisis con Saboya y Venecia la convergencia estratégica dentro de la Casa de Austria.

<sup>286</sup> E. STRAUB enfatiza en su *Pax et Imperium* (*op. cit.*, cap. 1) la existencia de un proyecto intelectual detrás de esto, basado en la filosofía tacitista de Lipsio. Sin negar la clara influencia del pensador flamenco sobre Zúñiga y otros de su generación, cabe dudar de la fidelidad del programa aunque solo fuera por la abrupta ruptura de relaciones de Lipsio con Zúñiga por su desencanto con su acción diplomática (T. G. CORBETT: "The Cult of Lipsius: A Leading Source of Early Modern Spanish Statecraft", *Journal of the History of Ideas* 36 [1975], pp 149-150).